



MEMORIA
X CONGRESO NACIONAL
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES DE
JESÚS NAZARENO, CAUTIVO Y RESCATADO DE
MEDINACELI



**X CONGRESO NACIONAL
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES
DE JESÚS NAZARENO, CAUTIVO Y RESCATADO
DE MEDINACELI.**

26, 27 Y 28 DE ABRIL DE 2013

CASTELLÓN



CASA DE S. M. EL REY
—
EL JEFE DEL GABINETE DE
PLANIFICACION Y COORDINACION

Palacio de La Zarzuela
Madrid, 20 de febrero de 2013

Señora Doña
CARMEN FORÉS NEBOT
Presidenta de la Cofradía Cristo de Medinaceli
C/ Albocacer, 25 - Bajo
12004 CASTELLÓN DE LA PLANA

Muy señora mía:

Como continuación a nuestra carta del pasado 22 de enero, me complace informarle que SS.MM. los Reyes, atendiendo su amable ofrecimiento, han tenido a bien aceptar la Presidencia del Comité de Honor del "X Congreso Nacional de Cofradías y Hermandades de Jesús Nazareno, Cautivo y Rescatado de Medinaceli", que se celebrará en Castellón de la Plana del 26 al 28 de abril próximo, por lo que adjunto tengo mucho gusto en remitirle la correspondiente Credencial.

Un cordial saludo,

DOMINGO MARTÍNEZ PALOMO

rr



NUNCIATURA APOSTÓLICA
EN ESPAÑA

SU SANTIDAD FRANCISCO

Saluda con afecto al Emmo. Sr. Cardenal Carlos Amigo, a S.E.R. Mons. Casimiro López, Obispo de Segorbe-Castellón, y a todos los fieles que participan en el *X Congreso Nacional de Cofradías y Hermandades de Jesús Nazareno, Cautivo y Rescatado de Medinaceli*, que tiene lugar en Castellón, invitándoles a mirar a Jesús en su gloriosa Pasión con el corazón, a fin de descubrir la inmensidad del amor que Dios nos tiene.

Asimismo les exhorta a dejarse mover siempre por el mismo amor del Señor que contemplan en la sagrada imagen del *Ecce homo*, a fin de que fortalezcan su fe, aviven su esperanza cristiana, acrecienten su caridad y renueven su compromiso bautismal para morir al pecado y pertenecer a Cristo viviendo fielmente en su Iglesia, y ofreciendo un comprometido testimonio cristiano en la sociedad.

Con estos sentimientos, e invocando la maternal protección de la Santísima Virgen María, el Santo Padre les imparte la implorada

BENDICIÓN APOSTOLICA

Madrid, 28 de abril de 2013

Mons. Renzo Fratini
Nuncio Apostólico




Alfonso Bataillon.
Al calde de Castellón.



Queridos hermanos:

Es una gran satisfacción para la cofradía del Cristo de Medinaceli de Castellón, la cual presido, poder realizar el X Congreso Nacional de Cofradías del Cristo de Medinaceli Prendido y Rescatado.

Aparte del congreso, esto debe ser una convivencia, conocernos un poco más, transmitirnos ideas: ¿qué hacemos? ¿qué debemos hacer para seguir creciendo?...

Que esa luz que ofrecemos en la Eucarístia nos sirva para llevar luz a los demás, que esa misericordia que Dios tuvo con nosotros, la tengamos nosotros con quien la necesite, que hoy por desgracia la necesita mucha gente.

Se que habéis hecho muchos kilómetros, para estar estos días con nosotros cosa que os agradezco.

Deseo que vuestra estancia en Castellón sea del agrado de todos, nosotros hemos puesto todo el amor y toda la ilusión del mundo, bienvenidos y muchas gracias.

Dña. Carmen Forés Nebot

PRESIDENTA COFRADÍA
CRISTO DE MEDINACELI DE CASTELLÓN







Henri Bouché Peris

Vicerector de la VIU,
Universidad Internacional Valenciana

«El Cristo de Medinaceli: foco de religiosidad popular».



Presidenta de la Cofradía Cristo de Medinaceli de Castellón, cofrades de Cofradías y Hermandades de Jesús Nazareno, Cautivo y Rescatado; amigos y amigas:

0.- PRESENTACIÓN

Sean estas primeras palabras de agradecimiento por el honor que supone para mí participar en este X Congreso Nacional de Cofradías de Jesús Nazareno Cautivo y Rescatado de Medinaceli, con el encargo de referir, dentro de mi modesto bagaje intelectual, algunos aspectos de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, lo cual intentaré hacer con la mejor predisposición y voluntad posibles. Y quiero expresar especialmente este agradecimiento a Mali Espinosa, que es quien, si algo sale mal, resultará culpable por haberme propuesto, junto con la presidenta Carmen Forés de la Cofradía Cristo de Medinaceli de Castellón.

Mi parlamento se ceñirá a un breve esquema: una pequeña introducción histórica sobre los avatares del Cristo de Medinaceli, cuya devoción se inscribe, a mi entender, en el ámbito de la religiosidad popular; luego, una referencia al valor de la imagen y su relación con el culto. Y, finalmente, una especie de ensamblaje de las tres vertientes para que los oyentes puedan extraer sus propias conclusiones. Y una advertencia: dada la heterogeneidad de público es posible que utilicemos algunos conceptos o vocablos muy específicos, pero creo que por el contexto no habrá problema en su comprensión.

1.- UN POCO DE HISTORIA

Son las cero horas del primer viernes de marzo en que se abren las puertas de la Basílica de Jesús de Medinaceli. En una ciudad como Madrid el frío de esta época podría ser un factor disuasorio, pero los fieles devotos van a cumplir inexcusablemente la tradición de adorar al Cristo y besarle sus pies, al tiempo que se le hacen tres peticiones. Medio millón de personas pasan por el templo y contemplan aquel Ecce Homo, sufriente y sangrante, de pie ante Pilatos. Es un momento emocionante y dramático que esconde, además, una impresionante y casi rocambolesca historia de esta imagen, llevada por los Padres Capuchinos para culto de los soldados españoles a La Mamora o Mámora (Marruecos), ciudad rebautizada como San Miguel de Ultramar, y más tarde conocida como Medhía. Desde los extramuros de la iglesia de Sevilla llegó allí. El día 30 de abril de 1681, la ciudad cae en manos del rey Muley Ismail, que traslada la imagen a Mequinez en donde es sometida a vejaciones, burlas, ultrajes, desprecio e iniquidades como repetición de la Pasión histórica. Justamente, dentro de tres días se celebrará el 332 aniversario de este lamentable episodio.

Se cuenta –y esto es historia– que el rey, después de aprehender la imagen, decidió enviarla a la ciudad de Mequinez, como hemos dicho, como un botín de la victoria alcanzada frente a los cristianos. Y, como en los tiempos históricos de la Pasión, la imagen fue vapuleada, arrastrada por el suelo, sometida a ignominia para los cristianos con el fin de burlar su fe. Un texto referido al rey Muley Ismail muestra claramente cuanto exponemos. Dice así:

Lleváronlas al Rey (las imágenes incautadas), el qual diziéndoles palabras afrentosas y haziendo burlas dellas, les mandó ultrajar y echar a los Leones para que las despedaçassen com si fueran de carne humana. Al hermosísimo busto de Iesvs Nazareno le mandó el Rey arrastrar, y echar por un mvladar abaxo, haziendo burla y escarnio del retrato hermoso...

El padre trinitario, fray Pedro de los Ángeles, pide audiencia al rey para ofrecerle un canje en oro por el peso de la imagen. Canje que es aceptado, pero, ¡oh, sorpresa!, en el momento de pesar la imagen se reduce milagrosamente el peso hasta 30 monedas, según dice la leyenda, y el rey interpreta este hecho como un engaño, aunque incomprensible, quedando anulado el acuerdo. Más tarde, una peste azota la ciudad y, tras aquella rocambolesca operación a la que hemos hecho sucinta referencia, la imagen, llamada entonces «Jesús del Rescate», es devuelta a los cristianos pasando por Tetuán, Ceuta, Gibraltar y Sevilla, hasta verla entronizada en Madrid en el año de 1682 en el convento de los Padres Trinitarios, cuya capilla fue donación de los Duques de Medinaceli.

Casi treinta años más tarde, se constituye en Madrid la «Congregación de Esclavos de Jesús Nazareno», que tres siglos después, en el año 1928, es elevada a Archicofradía Primaria.

La guerra civil española obliga a trasladar de uno a otros lugares la preciada imagen para protegerla de los bombardeos. En 1936 es descubierta la imagen por un piquete de revolucionarios y entregada a la «Junta del Tesoro», que la trasladó al Colegio del Patriarca de Valencia y de allí pasó a Barcelona. En 1938 sale hacia Suiza para formar parte de una exposición internacional organizada por la Sociedad de Naciones. Terminado el conflicto, vuelve a Madrid en donde, desde entonces es motivo de creciente adoración. Asimismo, con ocasión de las Jornadas Mundiales de la Juventud, presididas por el Papa emérito Benedicto XVI, la imagen estuvo presente en el *via crucis* celebrado con tal motivo.

Poco a poco, desde su histórica llegada a Madrid en el siglo XVII, la imagen de Jesús Nazareno, Cautivo y Rescatado de Medinaceli fue creciendo en devoción y extendiéndose ésta por toda la geografía nacional y aún allende nuestras fronteras. En Castellón, ciudad en la que celebramos ahora este X Congreso, se formaliza la devoción en el año 1989 en que, por empeño del Centro Cultural Andalúz, procesiona por primera vez en la Semana Santa, e inicia su andadura como cofradía canónica en 1995, presidida a la sazón por Félix Franco Morejón. Al año siguiente, una nueva imagen se bendice y entroniza en la iglesia de la Sagrada Familia; año en el que se elige como presidenta a Carmen Forés. Ya anteriormente, entre 1940 y 1945 está presente en esta misma parroquia una preciosa talla de madera, la cual es sustituida por la actual en 2006. En este período la devoción al Cristo de Medinaceli se ha incrementado de manera significativa, contando actualmente con más de 300 cofrades.

Esta es, en síntesis, una mini-historia del Cristo de Medinaceli, cuyos pormenores excederían de lo que nuestra exposición pretende. Hay suficiente bibliografía para quienes deseen profundizar en estos detalles con el consejo de que lo hagan, pues van a encontrarse con un rico contenido que muestra, a mayor abundamiento, los motivos de la general y creciente devoción en toda España, especialmente.

2.- BREVE ANÁLISIS

Pero, aparte de estos datos generales, quisiera destacar en esta exposición dos cuestiones significativas a mi modo de ver: la primera, la inscripción de las devociones –y en particular, ésta– en el *ámbito de la religiosidad popular*, demasiadas veces mal entendida y muchas otras, denostada; la segunda cuestión, el fenómeno de la relación entre *imagen y culto*, pocas veces rectamente interpretada cuando no expuesta a una iconoclasia demoledora y presta a confusión con la idolatría. A ellas nos referiremos sucintamente.

En primer lugar, la religiosidad popular en la que se inscribe la devoción al Cristo de Medinaceli, creemos que es distinta –solo distinta– de la religiosidad oficial, aunque ambas compartan características comunes y no puede hablarse de una contraposición ni de un enfrentamiento. «La religiosidad popular –dice Maldonado, un gran especialista en ella– es un fenómeno eminentemente cultural y especialmente representativo del mismo»; por ello, bajo el punto de vista de la historia de la liturgia, se observa siempre una estrecha relación entre culto y cultura. Hay, y ha habido siempre, como dos caras o dos estratos: el tradicional-bíblico y el religioso-cultural. En el Sínodo de Obispos de 1974 se define a la religiosidad popular como «la manera en que el cristianismo se encarna en las distintas culturas y estados étnicos, y es vivida y se manifiesta en el pueblo». Es popular no en el sentido de que se opone a una religiosidad culta u oficial, sino en el sentido que tiene de «popular», es decir, relativa al pueblo. Extremo que ya empezó a gestarse en el siglo II y aparece en la *Traditio apostolica* con elementos de raíz popular.

En este sentido hay que aclarar que tanto la religiosidad popular en general como la «piedad popular» en particular –objeto ésta de la teología pastoral– no es un fenómeno propio de comunidades campesinas, sino algo de lo que no se libra ningún fiel cristiano, dice Iso Baumer.

La iglesia ortodoxa distingue muy bien entre el llamado «mundo inteligible» y el «mundo sensible», recordando la tradición platónica. Este último es el que nos interesa, ya que se refiere al dominio de los sacramentos, el icono, la liturgia, la liturgia viva de Dios, en definitiva. En virtud, pues, de lo que abarca este «mundo sensible», los sentidos perciben lo no-sensible de manera que el misterio es, finalmente, percibido de manera sensorial. Y la belleza aparece entonces como un destello o un fulgor del misterio del ser. Así, pues, la religiosidad popular alerta los cinco sentidos hasta llegar al gusto litúrgico.

Si, en cambio, la liturgia se ciñe solo a lo que se dice, al oído, a la palabra exclusivamente, se convertirá en una liturgia para elites intelectualistas. Y éste es el peligro de una liturgia polarizada exclusivamente en la palabra. Y esta exclusividad, se dice, es la que aburre a los jóvenes.

Los Padres del VII Concilio Ecuménico afirmaban en este sentido que «lo que la palabra dice, la imagen nos lo muestra silenciosamente. Lo que hemos oído decir, lo hemos visto también». Es el ámbito de la que llamamos «teología icónica o visual», tan entroncada, salvando las distancias, con la época actual de los medios en los que se dice que una imagen vale más que mil palabras.

En la participación litúrgica de la Iglesia ortodoxa, sigue diciendo el especialista, se concede un papel especial a la vista, a los ojos del fiel: es una liturgia de la imagen, lo cual la convierte en más popular, nada ajena a la época en que vivimos en una cultura de la imagen. El icono es el centro de gravedad sobre el que se apoya la liturgia oriental, pero no tanto la occidental.

Por otra parte, la religiosidad popular es intuitiva, simbólica e imaginativa. Es, además, festiva, teatral en sentido originario, espontánea y celebrativa, y, sobre todo, comunitaria, ya que reúne a grupos de personas con vínculos variados y estrechos como pertenecientes a una misma asociación o cofradía, como es el caso del Cristo de Medinaceli. La religiosidad popular se encuentra en el centro de dos tensiones, de dos verdades: Dios y los santos que, a pesar de estar muy distantes de nosotros en cuanto a la santidad se refiere, tienen, no obstante, poder y están cerca de nosotros y se muestran benevolentes ante la miseria humana.

Bien lo dice el Vaticano II al afirmar que «la Iglesia no disminuye el bien temporal de ningún pueblo, sino, antes al contrario, fomenta y asume, y, al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tiene de bueno» (LG 13). A lo que añade Pablo VI al referirse a los grandes valores que puede atesorar: «Puede producir mucho bien –dice–. Porque es señal de una cierta sed de Dios, como solo los que son sencillos y pobres de espíritu –los llamados *anawim*, pobres de Dios– pueden experimentar... Puede desarrollar en lo más hondo de la persona virtudes rara vez encontradas de otro modo en el mismo grado, como la paciencia, la aceptación de la cruz en la vida ordinaria, el desprendimiento, la apertura a los otros y un espíritu de diligente servicio». Es, en definitiva, la «piedad popular» o «religión del pueblo». Y resulta, indudablemente, un medio eficaz para la evangelización que tanto preocupa ahora a la Iglesia, en la que hay una auténtica integración cultural y cultural.

Es más, la teología actual tiende a poner de manifiesto el valor liberador de la religiosidad popular, ya que, bajo las cenizas de los ritos, se encuentra la llama de una fe auténtica en Cristo liberador de la injusticia y de la opresión. Son los valores de liberación del Evangelio. Y hay que añadir que el «ser» de lo popular sigue existiendo enteramente hoy en medio del mundo tecnificado.

Uno de los valores indiscutibles de la religiosidad popular es *lo interior, lo íntimo y concreto* que se refugia en las vivencias personales de cada creyente. De ahí el error de quienes quieren juzgar este fenómeno bajo la óptica de lo exterior. Hay que respetar, pues, el que cada ser humano sea el creador de su propia manera de vivir la religiosidad. Hoy, más que nunca, necesitamos descubrir, experimentar y salvar cualquier signo o manifestación del espíritu, de las riquezas espirituales de los pueblos. La religiosidad popular, como decimos, es una religiosidad que entra por los cinco sentidos y, por lo tanto, es asumida por el ser humano entero, sin fragmentaciones.

La devoción al Cristo de Medinaceli cuenta, sin duda, con elementos claros de la religiosidad popular, que merece fomentarla y mantenerla integrada en la vida de la Iglesia. Es una devoción que llega al corazón de la gente, al centro mismo del ser, precisamente en donde tiene lugar el encuentro con Dios. Hay en ella grandes riquezas espirituales que pueden ofrecerse al pueblo, a la gente, como medio para experimentar la gran verdad de la comunión de los santos. Es el culto de latría o adoración que se rinde a Dios, frente al de hiperdulía que se tributa a la Virgen o el de dulía a los santos.

Pues bien, podríamos ahora preguntarnos: *¿cómo es el Cristo o cómo son los cristos del pueblo?* Para responder a la pregunta algún autor propone dos líneas de abordaje: la primera, *iconográfica*, es decir, basada en el icono, en la imagen; la segunda, *catequético-teológica*, tiene en cuenta las distintas peripecias de la propia catequesis y de la teología imperante durante siglos. Pues bien, veámoslo sucintamente.

3.- IMAGEN Y CULTO

Por otra parte, la imagen, *imago*, es, como dice algún autor (Hans Belting) un retrato personal al que se venera como objeto de culto. El culto a imágenes y sepulcros se convirtió muy pronto en signo distintivo de la cristiandad. La fascinación que ejercía el sepulcro de un santo se transmitió a las imágenes, las cuales heredan las características funcionales de las reliquias. Aparecen las imágenes milagrosas, cuyo primer momento cumbre del culto se encuentra en Bizancio alrededor del año 600 y luego pasa a Roma.



Las imágenes, aunque no sean sacras en sí mismas, merecen respeto por lo que representan y recuerdan.

Una de las primeras leyendas es la de San Lucas, que «en su calidad de griego, era un buen pintor», dicen las crónicas. Los apóstoles le pidieron que retratara a Cristo para que, tras su ascensión a los Cielos, al menos pudieran conservar una imagen de Él. Según la leyenda, no fue concluido «por obra humana», sino por sí mismo mediante intervención de Dios. Llegó a Roma en el año 70.

A lo largo de la historia se ha prestado atención en igual medida a su *exposición* y a su *adoración* –o *iconodulía*, veneración de la imagen–, como en cuanto a su destrucción en épocas claramente *iconoclastas*, que rechazaban las imágenes. La imagen, históricamente, se ha movido en una clara ambivalencia. Éste es el caso, por ejemplo, del Concilio general reunido en Elvira en el siglo IV cuando se dice «que no se hagan pinturas para la iglesia. Se decidió que no debe haber pinturas en la iglesia, a fin de que aquello que se honra y adora no se vea pintado en las paredes». Luego, en el siglo VIII se recrudece la polémica y aparece muy viva la etapa iconoclasta, la destrucción de las imágenes, cuya crisis comienza en el Imperio de Bizancio al pensar que el poder de las imágenes eclipsaba el poder civil. Y se agudiza con León III (s. VIII), que destruye la imagen de Jesucristo que estaba en la puerta de su palacio. Modernamente, se recrudece la iconoclasia entre los protestantes y burgueses del siglo XIX.

Por el contrario, decía Gregorio el Magno que la imagen nos conduce al recuerdo, «traer a la memoria» aquel momento de la narración de las Escrituras. Y tiene, por su-

puesto, un valor sentimental que le acerca al observador. A veces, su fama se debe a un acontecimiento histórico como es, en buena parte, la devoción al Cristo de Medinaceli o a un hecho milagroso.

Muchas veces es motivo de peregrinaje de hermandades, cofradías y colectivos diversos a su lugar de exposición, así como de procesiones. Por ello se establece también un proceso de comunicación religiosa, un diálogo de piedad dentro de la que podríamos llamar teología icónica, de la visión, especialmente. Porque el hombre ha sido invitado al diálogo, y debe responder en libertad responsable.

Ha habido distintas épocas en que el Cristo adquiere distintas formas, distintos aspectos según se acentúe su humanidad o su divinidad. Y en una línea teológica destaca la persistente influencia de las disputas arrianas que llevan a subrayar el carácter divino de Jesús frente al histórico. Pero, también aparece el Cristo-Majestad, el Cristo como *imperator o basileus*. En la regla de San Benito predomina, en este sentido, un Cristo-rey glorioso con rasgos de mansedumbre y dulzura. No menos influyente es la teología de San Juan en la que la crucifixión se convierte en la glorificación. Recordemos cuando Jesús dice: «Padre, ha llegado la hora de que glorifiques a tu Hijo» (J., 17-1). La razón, una de ellas, es que la cruz es el momento y el camino que lleva a Jesús a marchar al Padre y, por tanto, a «despegarse» de los hombres, quedándose «solo». (Maldonado, 190, Génesis del catolicismo popular). Esta «unión de contrarios», crucifixión y glorificación, es al que da expresión la iconografía, la imagen, de Jesús por medio de la cual llega al pueblo.

No obstante, ya desde la antigüedad, la Pasión ocupa un lugar central en la catequesis litúrgica y cristológica. Y a partir del siglo XII los teólogos imprimen un giro al inclinarse por un Jesús histórico, en una línea realista en la piedad y en la iconografía cristológica.

Poco a poco cambian las concepciones y, como dice el teólogo Moltmann, «el dios de los pobres, de los campesinos y de los esclavos ha sido siempre el Cristo sufriente, desamparado y pobre: el 'varón de dolores' es quien ha llegado al corazón de los que sufren». En la representación de Cristo se ha pasado de la veneración de la victoria de Jesús en la cruz a otro tipo de piedad centrada en su sacrificio. En nuestra Latinoamérica actual la fiesta cristiana por excelencia no es la Navidad y la Pascua, sino la Semana Santa, su vía crucis. Es la que pudiéramos denominar «mística del sufrimiento».

4.- LA IMAGEN DEL CRISTO DE MEDINACELI

La imagen del Cristo de Medinaceli sugiere parte de ese sufrimiento, mediatizado por el momento que representa el célebre *Ecce Homo*, «he aquí al Hombre», acabado de ser flagelado en cuyo rostro puede verse todo el sufrimiento de esta práctica horrorosa, suficiente por sí sola para provocar la muerte. Treinta y nueve azotes descargaron sobre el cuerpo maltrecho de Jesús. Látigos que, en su extremo, llevaban escorpiones, unas puntas de metal y plomo que descarnaban su cuerpo y dejaban al descubierto sus músculos y aun sus nervios. Jesús, dicen, que, acabada la flagelación, daba tumbos, andaba como borracho de dolor. Nadie se explica cómo podía llevar un brazo de la cruz, la *antenna* de la *crux immisa*. Imaginemos de nuevo el cuadro: Jesús está hecho un harapo humano; su mirada se pierde en la lejanía con los ojos vidriados por el dolor; finos hilos de sangre corretean por sus mejillas regadas con lágrimas de amargura. Llegaba ya la hora de tercia —dice el evangelista—, era la hora veinticinco, cuando ya el tiempo no cuenta, cuando los

relojes cansados de dar las horas se sublevan y paran sus manecillas. Y ése es el momento que representa el Cristo de Medinaceli, que, no obstante, traduce el dolor en serenidad.

Jesús Roda, de la Universidad de Sevilla, describe bellamente el Cristo de Medinaceli con esas palabras: «Es una talla de madera policromada, de tamaño natural (1'73 m.) y solemne apostura, que se presenta con las manos atadas, luciendo sobre la cabeza una peluca que oculta los cabellos tallados por su autor. La corona de espinas sobrepuesta es un elemento que termina por vincular particularmente esta figura de Cristo con el tema pasionista del Ecce Homo. Como se ha sugerido, sería, en sentido estricto, un Nazareno sin cruz, cuya clave iconográfica puede ser reconducida al Cristo que se halla a punto de iniciar la Vía Dolorosa», camino del Gólgota. La configuración de su rostro logra transmitir sentimientos de dolor y ternura, a la vez. Sobre su pecho, como pueden ver, cuelga el escapulario con la cruz trinitaria azul y roja, distintivo que enlaza de manera fehaciente esta imagen con la Orden que la redimió de las manos infieles.

Esta imagen capta el momento en que Pilato acaba de pronunciar sus palabras, cediendo a la presión del populacho, los ojos llenos de una infinita tristeza, mirando hacia abajo con resignada mansedumbre. Toda su figura expresa singular dramatismo que conmueve al fiel. Un vestido morado, bordados por su cuerpo no como signo de ostentación, sino como representación de la realeza de Cristo, unida a la divinidad. La boca entreabierta, los párpados semicerrados, las facciones ligeramente ennegrecidas. Todo ello invita a la piedad popular, a una identificación con el dolor, en medio de un aparente clima de majestuosa serenidad.

Es ahora el momento de descubrir esa religiosidad popular que arroja nuestras creencias, el mundo icónico, el mundo de la imagen que debe constituir un reflejo de la vivencia personal. Cuando miramos ese Cristo de Medinaceli nuestro corazón se estremece porque vemos en él todo el drama de la Pasión, el dolor, la misericordia, el amor y el perdón. Leer en la imagen es captar lo que ella quiere decirnos. Y esta piedad popular es mucho más profunda y concreta, penetra en nuestros corazones directamente. No es, como hemos dicho, signo de mojigatería ni folclorismo barato: es la realidad más entrañable de nuestro cristianismo.

En el libro «Jesús de Medinaceli, cautivo y rescatado» de varios autores, hay una detallada geografía devocional, que recomiendo. Bajo el nombre de Jesús de Medinaceli aparecen 17 cofradías; con el de Jesús Cautivo, 8; y con la denominación de Jesús Rescatado, 6. Ello da cuenta de la extensión que abarca la devoción a este Cristo en España. La imaginería también es importante, ya que se han catalogado alrededor de 300 imágenes entronizadas y basadas, generalmente, en el modelo de los siglos XVII y XVIII.

5.- CANTO A LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Pues bien, hemos realizado un breve recorrido histórico para mostrar, de manera incompleta y harto breve, el valor de la imagen como objeto de veneración y las vicisitudes por las que su aceptación o rechazo ha discurrido y dado lugar a controvertidas posiciones. Nuestro canto a la religiosidad popular ha sido expuesto con la sinceridad de un creyente que cree en ella como motor impulsor de la fe, no al margen del soporte teológico, sino por el contrario, en íntima unión con él. Hay, sin duda, una influencia recíproca entre el teólogo y el pueblo.



Adorar con sinceridad la imagen del Cristo de Medinaceli no es un acto de banal mojigatería ni de intrascendencia: es mucho más serio. Su inscripción en el ámbito de la religiosidad del pueblo, muestra una autenticidad singular, nada ajena a la oficialidad del culto, sino más bien entroncada con él.

Cuando vemos al pueblo sencillo, campesino o urbanita, a los corazones llenos de fe adorando al Cristo, pensamos que allí está verdaderamente el sentimiento sincero del creyente. Y allí, en la imagen, la representación de aquello que representa. Es todo un acto de fe. La propia advocación de «Padre Jesús», tan común, por otra parte, en muchos ambientes populares, como sucede con el Cristo de Medinaceli, evidencia una fuerte conciencia de la encarnación y la humanidad histórica del Hijo de Dios.

Y, naturalmente, en esta relación creyente-Dios aparece éste como mediador en nuestras inquietudes y deseos. Dice a este respecto Olegario González: «Por su mediación podemos estar levantados y esperanzados porque vivimos desde él, a la vez que por él somos enviados a ser lugartenientes de su presencia y su amor en el mundo. No otra cosa afirmamos al reconocer a Jesús como Cristo, al confesarle Señor, al decir que en él hemos encontrado a Dios y que en él, consiguientemente, tenemos salvación».

Ahora bien, nos planteamos la pregunta final: *¿Quo vadis, Domine?* ¿Adónde vamos ahora en nuestro tecnificado y materializado mundo? ¿Tiene campo en él la piedad popular? La respuesta creo que es sí, totalmente sí, su existencia puede darse por segura pese a los nubarrones que se ciernen sobre nuestro firmamento. Sin embargo, lo que no puede decirse es qué aspecto va a tener. Cada época tiene que responder a la llamada de Dios al mundo de una forma peculiar, aunque encontrar esa forma es tarea compleja. La piedad que nos ha movido hasta ahora puede ser mantenida, transformada o abandonada, aunque, no cabe duda, que encierra todavía un profundo sentido de fe.

Dice la mitología griega que cuando Pandora llevaba el ánfora que le había proporcionado Zeus para entregársela a Epimeteo, la abrió indiscretamente y de ella salieron todos los males que hoy aquejan a la humanidad, pero aún tuvo tiempo de cerrar el recipiente y quedó en su fondo la «esperanza», la *elpís* griega, la espera de algo.

Nuestra época es pródiga en deseos y parca en esperanza. Nuestra fe es rica en esperanza y parca en deseos. Pese a nuestro caótico mundo en el que impera el desorden, el materialismo, el presentismo, el hedonismo y tantos otros «ismos» negativos, la fe, nuestra fe, la esperanza como virtud teologal nos sostiene para otear un horizonte iluminado por la luz que irradia nuestro «Padre Jesús de Medinaceli», que, desde lo alto, sin duda, después de tantos avatares históricos, sigue presidiendo nuestros corazones y alimentando nuestra fe y nuestra esperanza. «En el corazón de todos los inviernos –dice el poeta– vive una primavera palpitante, y detrás de cada noche, viene una aurora sonriente».

Por ello, hemos de seguir velando las armas de la fe y no retroceder ante las dificultades que se avecinan, que son muchas, aunque no insuperables. Recordemos a Leónidas, rey de la antigua Esparta, que se vio sorprendido por los persas en la batalla de las Termópilas cuando uno de sus esforzados soldados, Dienekes, oyó decir a un emisario que «las flechas de los enemigos eran tantas que tapaban el sol». Y el rey, en lugar de desistir y retirarse, pronunció aquellas palabras de tanta actualidad también para nosotros: «Mejor –dijo–, ahora lucharemos a la sombra».



Federico L. Caudé Ferrandis

Consiliario de la Junta Diocesana de Cofradías,
Hermandades y Asociaciones de Semana Santa

**«Cofradías y cofrades:
Cristianos unidos por la misma fe».**



Preliminares

Ser cristiano no es sólo creer en Jesús, o estar bautizado, o rezar, o ir a Misa. Ser cristiano es intentar vivir como Cristo, seguir su estilo de vida, miramos en Él, como en un espejo, en nuestras actitudes vitales.

Por el Bautismo, los cristianos somos incorporados a Jesús, configurados con Él y eso no se debe notar sólo en la Eucaristía dominical, aunque es un momento importante de nuestro camino, sino en el intento de seguir su programa de vida los siete días de la semana.

Creer en Cristo no es saber cosas sobre Él, o afirmar exactamente su identidad («Dios y Hombre verdadero»), sino aceptar sus criterios de vida como nuestros, ver a las personas y la historia con sus propios ojos, asimilar su mentalidad. Es aceptar como bienaventuranzas nuestras sus sorprendentes bienaventuranzas, que no coinciden precisamente con las que aplaude el mundo de hoy.

Los cristianos no miramos a Jesús sólo como a nuestro Maestro o como al Profeta que nos transmite la voz de Dios, sino que en Él vemos al Guía que nos invita: «sígueme». Es la imitación de Jesús la que marca a un verdadero discípulo, dispuesto a compartir el camino y a imitar las actitudes de Jesús, que va delante de nosotros «dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas».

Todos nosotros, niños, jóvenes y adultos, más que maestros necesitamos modelos y testigos. Y el mejor es el mismo Jesús. Él pasó por este mundo enseñando pero, sobre todo, practicando lo que enseñaba. Pudo hablar de las cualidades de un buen pastor, porque Él era en realidad el Buen Pastor. Pudo contar la parábola del buen samaritano, porque a lo largo de su vida Él mismo se portó como el Buen Samaritano. Proclamó la lista de las bienaventuranzas, porque Él fue el primero en cumplirlas. Nos enseñaba más con el ejemplo que con las palabras: «*Os doy un mandato nuevo, que os améis unos a otros. Como yo os he amado, que también vosotros os améis mutuamente*» (Jn 13,34).

Jesús es nuestro mejor modelo y prototipo en todos los aspectos de nuestra vida: en nuestra relación de hijos para con Dios, en nuestra actitud de entrega a los demás, en nuestra libertad interior, en nuestra alegría serena y profunda ante la vida, la historia y el futuro, en nuestra fidelidad a Dios a lo largo de nuestra vida. Tenemos delante, y para toda la vida, una buena tarea de imitación: «*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo*» (Flp 2,5). «*¿Quién de estos te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? El dijo: El que practicó la misericordia con él. Jesús le dijo: Vete y haz tú lo mismo*» (Le 10,36-37). «*¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros*» (Jn 13,12.14-15).

Los cofrades, miembros de un mismo cuerpo.

Las relaciones se dan entre los miembros de un mismo cuerpo que, a su vez, vive en conexión con las personas de la Trinidad. Así, en virtud de la gracia recibida, dice Pablo a los cristianos: «*No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros*» (Rom 12, 3-5).

Desde esta realidad de miembros, Pablo ve coherente una adecuada estima de nuestro valor, es decir, no sobrevaloramos.

a) Se pueden deducir fácilmente una notas características como miembros el cuerpo: En primer lugar, **el amor y la paz** entre los miembros: «*Y por encima de todo esto, revestios del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo*» (Col 3, 14-15).

b) La llamada a conservar **la unidad** será una tarea muy acorde con la realidad divina que nos envuelve y con el patrimonio común que poseemos: *«Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos».*

c) Descendiendo a un terreno más controlado por nosotros, **la veracidad** concuerda con la realidad que formamos: *«Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual a su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros»* (Ef 4,1-6.25).

d) **La viva comunión** entre nosotros, no es sólo comunión entre nosotros: *«Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo».*

e) Y una condición para que esta realidad misteriosa que somos funcione, será que caminemos en **la luz**: *«Si decimos que estamos en comunión con El, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad. Pero si caminamos en la luz, como Él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo nos purifica de todo pecado»* (1Jn 1,3.6-7).

Criterios para discernir la piedad popular.

Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina (Viernes, 8 de abril de 2011), que nos pueden servir de referencia para nuestras cofradías y en concreto para las del Cristo de Medinaceli.

a) Tema: *«Incidencia de la piedad popular en el proceso de evangelización de América Latina».* En él aborda uno de los aspectos de mayor importancia para la tarea misionera de las iglesias particulares de ese gran continente latinoamericano. La piedad popular es un **espacio de encuentro** con Jesucristo y una forma de expresar la fe de la Iglesia. No puede ser considerada como algo secundario de la vida cristiana, pues eso *«sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios».*

b) Esta expresión sencilla de la fe tiene sus raíces en el comienzo mismo de **la evangelización** de aquellas tierras. A medida que el mensaje salvador de Cristo fue iluminando y animando las culturas de allí, se fue tejiendo paulatinamente la rica y profunda religiosidad popular que caracteriza la vivencia de la fe de los pueblos latinoamericanos, constituyendo *«el precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover, y en lo que fuera necesario, también purificar».* Las múltiples demostraciones de la piedad popular, bien encauzadas y debidamente acompañadas, propician un fructífero **encuentro con Dios**, una intensa veneración del Santísimo Sacramento, una entrañable devoción a la Virgen María, un cultivo del afecto al Sucesor de Pedro y una toma de conciencia de pertenencia a la Iglesia. Todo ello tiene que servir para evangelizar, para comunicar la fe, para acercar a los fieles a los sacramentos, para fortalecer los lazos de amistad y de unión familiar y comunitaria, así como para incrementar la solidaridad y el ejercicio de la caridad.

c) Por consiguiente, **la fe** tiene que ser la fuente principal de la piedad popular, para que ésta no se reduzca a una simple expresión cultural de una determinada región. Más aún, tiene que estar en estrecha relación con la sagrada Liturgia, la cual no puede ser sustituida por ninguna otra expresión religiosa. No podemos olvidar, como afirma el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, publicado por la Congregación para el Culto Divino, que *«liturgia y piedad popular son dos expresiones culturales que se deben poner en relación mutua y fecunda: en cualquier caso, la Liturgia deberá constituir el*



punto de referencia para “encauzar con lucidez y prudencia los anhelos de oración y de vida carismática” que aparecen en la piedad popular; por su parte la piedad popular, con sus valores simbólicos y expresivos, podrá aportar a la Liturgia algunas referencias para una verdadera inculturación, y estímulos para un dinamismo creador eficaz».

d) En la piedad popular se encuentran muchas expresiones de fe vinculadas a las grandes celebraciones del **año litúrgico**, en las que el pueblo sencillo de América Latina y nuestras cofradías reafirman el amor que sienten por Jesucristo, en quien encuentra la manifestación de la cercanía de Dios, de su compasión y misericordia. Son incontables los santuarios, iglesias o capillas que están dedicados a la contemplación de los misterios de la infancia, pasión, muerte y resurrección del Señor, y a ellos concurren multitudes de personas para poner en sus divinas manos sus penas y alegrías, pidiendo al mismo tiempo copiosas gracias e implorando el perdón de sus pecados. íntimamente unida a Jesús está también la devoción a la Santísima Virgen María, recurriendo a Ella como Madre del Salvador, para sentir constantemente su protección amorosa bajo diferentes advocaciones. De igual modo, los santos son tenidos como estrellas luminosas que constelan el corazón de numerosos fieles edificándolos con su ejemplo y protegiéndolos con su intercesión.

e) No se puede negar, sin embargo, que existen ciertas desviaciones en la religiosidad popular que, lejos de fomentar una participación activa en la Iglesia, crean más bien confusión y pueden favorecer una práctica religiosa meramente exterior y desvinculada de una fe bien arraigada e interiormente viva. «La piedad popular puede derivar hacia lo irracional y quizás también quedarse en lo externo. Sin embargo, excluirla es completamente erróneo. A través de ella, la fe ha entrado en el corazón de los hombres, formando parte de sus sentimientos, costumbres, sentir y vivir común. Por eso, la piedad popular es un gran patrimonio de la Iglesia. La fe se ha hecho carne y sangre. Ciertamente, la piedad popular tiene siempre que purificarse y apuntar al centro, pero merece todo nuestro aprecio y hace que nosotros mismos nos integremos plenamente en el “Pueblo de Dios”».

A este respecto es el actual papa Francisco el que nos ha dicho:

«Cuando no se transita por la puerta de la Fe, la puerta se cierra, la Iglesia se encierra, el corazón se repliega y el miedo y el mal espíritu “avinagran” la Buena Noticia. Cuando el Crisma de la Fe se reseca y se pone rancio, el evangelizador ya no contagia, sino que ha perdido su fragancia, constituyéndose muchas veces en causa de escándalo y de alejamiento para muchos».

Valores humanos y cristianos de la religiosidad popular.

Consideramos algunos valores positivos y apreciables, valores humanos y sociales, valores incuestionablemente religiosos y cristianos, más allá de lo que pueda ser un simple fenómeno cultural, folclórico, intrascendente.

1. **Valores humanos:** En la religiosidad popular encontramos indiscutibles y apreciables valores humanos. Entre los más significativos:

a) Un **lenguaje** propio que expresa, con su peculiar vocabulario, gestos y normas de comportamiento y que define un estilo característico. Con expresiones significativas, muy características y peculiares, en las que se manifiestan convicciones profundas y creencias mantenidas a lo largo de los siglos.

b) Una indiscutible capacidad de **comunicación**, muy fluida, que llega a los ámbitos más distintos, crea interés y es fuerza de convocatoria y de participación social del pueblo sencillo.

c) Espontaneidad y **sensibilidad** ante expresiones, signos y sentimientos religiosos. Las manifestaciones exteriores son sinceras, inmediatas, contagiosas, emotivas.

d) Capacidad de **apertura y acogida** al que llega, invitándole a la participación, gozando con la presencia del forastero. **Conciencia de lo caritativo** y solidario fomentando acciones en beneficio de los que carecen.

e) Fuerte **arraigo familiar** y vinculaciones generacionales. **Dimensión festiva** de la celebración religiosa que se manifiesta desde el vestido y el adorno hasta en los ritos culinarios. **Alegría** como manifestación del sentido festivo de la celebración y el encuentro.

f) **Respuesta a los grandes interrogantes** de la existencia <vida, muerte, amor, sufrimiento, alegría> y referidos, particularmente a algunos momentos fundamentales de la vida: nacimiento, muerte, matrimonio, familia...

g) **Sentido de libertad** en la identificación con lo más genuino y propio y realizado por uno mismo y en su propia ciudad, pueblo o barrio. **Laboriosidad y colaboración** en una empresa común y en la que se participa con generosidad dedicando tiempo y recursos.

2. **Valores cristianos:** Reconocemos incuestionables valores religiosos y cristianos. Entre los más significativos están:

a) Expresión de la fe cristiana en un **lenguaje total** –palabras, gestos, música, imágenes, costumbre, vestidos...– en el que todo habla de contenidos religiosos. **Intencionalidad teológica** en la referencia a Cristo, el Señor, Dios vivo que escucha la oración y acompaña en el sufrimiento y en la esperanza. Dios camina con su pueblo.

b) Sentido de la vida como **peregrinación** siguiendo los ciclos vitales, como éxodo y pascua, encarnación y redención, nacimiento y Pentecostés. **Sed del Dios** vivo que sienten los sencillos y que esperan confiados la respuesta de la paternidad de la providencia de Dios que está cerca, que experimentan su presencia a través de las mediaciones sensibles.

c) **Autoevangelización** del pueblo que mira sus propias manifestaciones religiosas como escuelas donde aprender y donde enseñar a las nuevas generaciones.

d) Valor **cristológico** que se manifiesta en la centralidad del misterio de la encarnación (María, madre de Dios) y de la redención (Cristo es el único que salva). Igual que los enfermos y pobres se acercan a Cristo pidiendo la curación y el remedio, así lo hace la gente sencilla entre la imagen del Señor o de María.

e) Sentido **pascual**, aunque parezcan que predominan los contenidos penitenciales. Especialmente en Semana Santa, la Pasión no es sino memoria de la pascua y de la resurrección.

f) Imprescindible **presencia de la Virgen María**, en multitud de títulos y advocaciones con las que se expresa un amor único y sincero.

g) Espíritu de comunidad, de pueblo, de pertenencia a la Iglesia de Cristo. Fuerte sentido de **esperanza** mientras camina por el «valle de lágrimas».

h) Conciencia de **reconciliación** con Dios que lleva a un verdadero arrepentimiento del pecado y deseo de conversión.

i) Proclamación de la **fe en la vida eterna**, con memoria de los difuntos y deseo del encuentro con ellos.

Junto a la religiosidad popular tenemos que poner a las hermandades y cofradías. Instituciones con una gran diferencia en cuanto a historia, número de hermanos, influencia social, reconocimiento canónico, participación en la vida de la Iglesia... Es evidente que ni se puede reducir la religiosidad popular a las cofradías, ni se puede prescindir de ellas. Las hermandades de Semana Santa tienen un especial protagonismo no sólo en esos días sacros sino durante todo el año. Religiosidad popular, hermandades y Semana Santa son, pues, inseparables, aunque haya otras formas de expresar lo religioso que no tienen relación alguna ni con la cofradía ni con la llamada Semana Mayor.

Estas formas de asociación de los laicos (hermandades y cofradías) nacieron en respuesta a las exigencias humanas y cristianas de los fieles, dando testimonio de la vocación y misión del laicado en la Iglesia y en el mundo. Si sus primeras manifestaciones se remontan a los tiempos medievales, su mayor desarrollo se produce en los albores de la modernidad, cuando la tradición cristiana afronta los grandes desafíos de la cultura moderna y de la evangelización de los llamados nuevos mundos. Nace así una tupida y densa red de cofradías para dar gloria a Dios por medio del culto y las devociones populares; para crecer en la fe mediante la catequesis; para dilatar la caridad en formas de servicio a las diversas necesidades humanas; y para evangelizar la cultura y las artes.

Son numerosas y activas. Su labor pastoral, catequética, caritativa y social no puede olvidarse. Ahora bien, igual que se recurre al ocultamiento de las creencias religiosas bajo el pretexto de considerarlas asunto absolutamente privado, también podría ocurrir que se acudiera a la hermandad como si esa pertenencia, por sí sola, eximiera de todas las demás obligaciones y compromisos religiosos y morales que comporta el ser auténtico cristiano.

Importancia social y religiosa de las cofradías.

En sus orígenes, las cofradías, sobre todo las de Semana Santa, están fuertemente ligadas a la contemplación de la persona de Jesús, vivida bajo la influencia y espiritualidad franciscana. También al culto de la Santísima Virgen María y los santos. Practican obras de caridad, atienden a enfermos y peregrinos y cuidan de la piedad con los difuntos. Se trata siempre de una asociación, vinculada o no a un determinado oficio, que se reúnen entorno al misterio de Cristo, fundamentalmente para vivir la fe y practicar la caridad.

De la importancia de una comunión sin ambigüedades con la Iglesia, no se puede dudar. La vinculación a la Iglesia universal forma parte esencial de la identidad de las hermandades. Asociaciones de fieles nacidas para unir, no para separar, no para contraponer laico y sacerdote. Cuando una hermandad se desvincula de la Iglesia, se convierte en una asociación civil, digna de respeto ciertamente, y sus fines pueden ser admirables, pero no es una comunidad de fe destinada vocacionalmente a evangelizar y a ser testigo de Jesús.

Las hermandades cuidan con esmero su **riqueza cultural**. Conservan, restauran y aumentan su patrimonio artístico, musical, iconográfico, orfebrería, vestuario, archivos... Son muy numerosos los actos religiosos y culturales que programan y realizan a lo largo

del año, especialmente aquellos señalados en sus Reglas. También hay un importante capítulo de actividades y celebraciones con motivo de efemérides significativas. Se están prodigando las asambleas y encuentros diocesanos, regionales y nacionales. Las hermandades están presentes en la vida social de las ciudades y de los pueblos. Es de notar la pujante influencia religiosa y social que tienen en algunos barrios de las grandes ciudades.

Abundante es la **literatura cofrade** que se publica. A parte de los boletines de las hermandades y diversas revistas especializadas, el catálogo bibliográfico aumenta constantemente. Valga lo mismo para la **producción musical**. Los espacios en los medios de comunicación, tanto escritos como audiovisuales, son numerosos y hasta con una frecuencia diaria.

Se forman y consolidan los **Consejos y Juntas de hermandades**, como instrumentos de apoyo, coordinación y relaciones de las cofradías entre sí y con las administraciones locales. También se han dado pasos importantes en la integración de las hermandades de la vida parroquial. Cada vez hay más participación en los consejos pastorales y en las distintas actividades parroquiales.

Identidad de las cofradías y misión de los cofrades.

Según nuestros códigos y normas, una cofradía es una asociación pública de fieles que pretende promover el culto, practicar la caridad cristiana y la evangelización, en particular la de sus propios miembros. Existe, pues, la cofradía no tanto para hacer cosas, más o menos admirables y dignas de respeto y hasta de aplauso, sino como un medio para ayudarse a vivir como cristianos, haciendo realidad, en obras y palabras, el Evangelio de Jesucristo.



Se traicionaría a sí misma la cofradía si no considerara esta dimensión de **fidelidad eclesial** como algo sustancial en su vida y acciones. La cofradía ha nacido con una finalidad religiosa y caritativa; ha sido aprobada por la Iglesia con la garantía de que había de cumplir sus objetivos fundacionales; los miembros de la cofradía se han afiliado a ella confiados en que se les daría aquello que se les ofrecía. Sería, por tanto, un fraude que la cofradía no asumiera y ofreciera aquello que es la razón de su existencia: una vida cristiana llena de autenticidad y que se manifiesta en múltiples acciones culturales propias y en una eficaz labor caritativa.

Al hilo de tales reflexiones, viene un criterio de extensión y apertura que rompe actitudes y posturas reducidas y egocéntricas. La cofradía no puede encerrarse en sí misma, ni remirarse constantemente en el propio espejo. No se pertenece a sí misma. Es de Cristo y habla de Cristo; es de la Iglesia y camina con la Iglesia; es del pueblo y siente con el pueblo; es de la cofradía y asume la vida de la hermandad; es de la familia y ayuda a la familia.

La cofradía no es una simple asociación de personas para conseguir unos objetivos más o menos inmediatos. Es una **forma de vivir en cristiano**, de seguir a Jesucristo, de estar en la Iglesia, de caminar como ciudadanos de este mundo, de sentir el calor de la propia familia. Una hermandad no es solamente una agrupación a la que se pertenece, ni siquiera una serie de actividades religiosas en torno a unas imágenes veneradas. La hermandad es un espíritu, una vida, una fe, una patrimonio espiritual.

La cofradía **siente con el pueblo, está unida a él**. No solo no renuncia a la cultura, al modo de hacer, a la vida del pueblo, sino que lo asume y hace que, en todas las expresiones religiosas de las cofradías, se esté hablando con un lenguaje que el pueblo pueda comprender sin dificultad alguna y reconocerse en él como algo propio. Tradiciones y costumbres, modos de hacer, sentimientos y emociones, no sólo son compatibles con una fe auténtica, sino que son necesarios para comprender y vivir los misterios religiosos. La fe no destruye lo humano, la cultura, el modo de hacer, sino que da dimensión de trascendencia a todo eso. Fe y cultura no se confunden, pero se ayudan. Por la fe, toma una vida distinta la simple expresión cultural. En lo humano, la fe encuentra buenos caminos para hablar del misterio de Dios. La cofradía es del pueblo, que está formado por hombres y mujeres de este mundo, y siente con el pueblo. Es decir, toma de su alma y lenguaje para manifestar y hacer comprensible el misterio de Dios.

La práctica de la caridad es algo esencial en la vida de una hermandad. Así lo dice Benedicto XVI: «Aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos sino desde la perspectiva de Jesucristo... Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mi y a lo mucho que me ama... No se trata ya de un "mandamiento" extemo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser comunicado a otros».

En resumen, las hermandades son un camino, una ayuda para vivir mejor en cristiano. La hermandad ofrece los medios que el cristiano necesita: palabra, sacramentos, caridad. El verdadero hermano mayor y «propietario» de la hermandad es Cristo. La hermandad es de Cristo y habla de Cristo. Promovida por la Iglesia para ayudar a la misión de la Iglesia: conocer a Cristo y tomar el Evangelio como norma de vida. Nacida y encamada en la cultura de un pueblo. Habla al pueblo con el lenguaje del pueblo. Vive el amor fraterno y administra una bolsa de caridad.

En la vida de una hermandad no pueden faltar las actitudes, disposiciones y actividades siguientes: fidelidad a los orígenes, transmisión de la fe, testimonio cristiano, comunión interna, formación cristiana, gobierno como servicio, participación, espiritualidad propia, afianzamiento de la pertenencia a la Iglesia, acercamiento a la familia, consolidación del voluntariado, primacía del culto auténtico, caridad fraterna, conocimiento de la propia historia y finalidad, atención a los grupos jóvenes, preparación espiritual y sacramental

para la estación de penitencia, justa y evangélica utilización de los bienes, custodia del patrimonio artístico y cultural, formación de los dirigentes de las juntas de gobierno...

Perfil de nuestras hermandades.

Las cofradías incorporan en su seno a muchos miles de hermanos y han venido manteniendo durante siglos el interés por la piedad popular. En el origen y la vida de la cofradía siempre está presente la fe cristiana, aunque en muchos casos se manifiesta de forma imperfecta. De la hermandad depende la vida espiritual de muchos hermanos, ya que para la mayoría de ellos no existe otro centro de interés religioso, ni otra ocasión de canalizar su vida cristiana, más que en la experiencia cofrade.

Si realizáramos un perfil con las **señas de identidad** de la hermandad, quedaría de esta forma: instituciones de la Iglesia; Cristo como el centro de la vida cristiana y de todas nuestras experiencias religiosas; asociaciones de fieles con finalidad de culto público a los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, a la santísima eucaristía, a la bienaventurada Virgen María y a los santos, así como la práctica de la caridad y el testimonio de vida cristiana; continuadoras de las mejores y más auténticas tradiciones y costumbres con las que se expresa nuestra fe, reconociendo en ella los valores de la propia cultura iluminados con la luz del Evangelio; profunda veneración a las imágenes de nuestro Señor Jesucristo, de la santísima Virgen María y de los santos; en la conciencia y seguridad de que la piedad popular ofrece la oportunidad de encontrar a Cristo viviente y lleva a un compromiso sincero de conversión y a la práctica concreta de la caridad.

Lo específico de las hermandades y cofradías es: **promover el culto público** a los misterios de la pasión, muerte y resurrección del Señor, al santísimo sacramento de la eucaristía, a la santísima Virgen y a los santos; **la evangelización** de sus miembros mediante su formación teológica y espiritual, y **el ejercicio de la caridad** cristiana.

Las hermandades y cofradías representan en algunas diócesis una de las más ricas realidades asociativas de los fieles, que ejercitan así su derecho a fundar y dirigir libremente asociaciones para fines de caridad o piedad, o para fomentar la vocación cristiana en el mundo.

Interrelación Iglesia y Cofradías.

Las hermandades pueden ser una buena ayuda, un apoyo para la educación en la fe y la práctica cristiana. Pero la hermandad ni suple ni agota todo lo que supone ser cristiano y vivir en la Iglesia. Mucho menos habría que pensar que la religiosidad popular y las hermandades fueran como una especie de «religión alternativa» y casi paralela a la que predica y vive la Iglesia.

Hoy la Iglesia reconoce a las cofradías y les confiere personalidad jurídica, aprueba sus estatutos y aprecia sus fines y actividades de culto. Sin embargo, les pide que, evitando toda forma de contraposición y aislamiento, estén integradas de manera adecuada en la vida parroquial y diocesana.

Importante es la relación de la hermandad con otras instituciones, pública o privadas, de carácter no religioso. La hermandad, desde su más fiel espíritu cristiano, tiene que estar abierta y en permanente diálogo con otras instituciones. Ahora bien, sin olvidar que la hermandad es una asociación con fines religiosos y caritativos; sin hipotecar su verdadera libertad como asociación de fieles de la Iglesia católica; sin vender su propia identidad cristiana por las monedas de la publicidad, el número de integrantes de la asociación, los apoyos exteriores, la influencia social...

Las cofradías han sido, desde sus orígenes hasta hoy, un movimiento religioso integrado por laicos empeñados en vivir y proclamar públicamente su fe. Seglares que, durante unas horas en la Semana Santa, suelen cubrir su rostro, pero que durante todo el año han de llevar la cara descubierta, para que se vea en su comportamiento público, en

sus ideas, en los derechos que defienden, en la moralidad de sus vidas, en la comunión con la Iglesia, en la participación pastoral de la vida parroquial o diocesana, su inequívoca pertenencia a la comunidad de los llamados en Jesucristo.

No deben ser las cofradías simples mantenedores de preciadas reliquias del pasado, ni comisión de fiestas espléndida, ni grupo cerrado de piedad, sino verdaderas comunidades cristianas, que escuchan la palabra de Dios, orientan su vida y guardan los mandamientos, celebran los misterios del Señor y sus sacramentos, se abren a la caridad fraterna y, como expresión de todo ello, salen a la calle predicando, en la imagen del misterio que veneran, la fe viva con la que quieren ser reconocidos como verdaderos cristianos en perfecta unión con sus pastores.

Muchos cristianos, a lo largo de los años –pues antiguas son las cofradías– han alimentado y vivido su fe en las hermandades. Y este debe ser el criterio que garantice la autenticidad de una cofradía: si es verdadera hermandad cristiana que ayuda a vivir con lealtad el Evangelio de Jesucristo.

Nos dice el papa Francisco que el que cree es receptor de aquella bienaventuranza que atraviesa todo el Evangelio y que resuena a lo largo de la historia, ya en labios de Isabel: «Feliz de ti por haber creído» (Le 1,45), ya dirigida por el mismo Jesús a Tomás: «Felices los que creen sin haber visto» (Jn 20,29).

Con reiterada insistencia se viene haciendo una llamada a las hermandades, para que revisen sus propias raíces cristianas. No se hace el llamamiento por el simple interés en llegar a un mejor conocimiento histórico y cultural, sino con el propósito de mantener la fidelidad a lo que son los fundamentos auténticos de la fe.

Con frecuencia se observa un sorprendente contraste entre los valores que predicán algunas hermandades y carencias en sus contenidos fundamentales. Mientras que las hermandades ayudan a fomentar la vida espiritual del pueblo, sin embargo se aprecia, a veces, una falta de compromiso en la vida pública. Son expresión asociativa y personal de una condición religiosa de hombres cristianos, pero con cierta timidez en el testimonio, que trata de camuflarse bajo los aspectos culturales y estéticos. Son asociaciones fundamentales de caridad, pero abundan los gastos superfluos. Se da culto a las imágenes, pero la implicación social es muy superficial. Se cuida el culto y se desplaza la liturgia. Las procesiones son verdadera catequesis, pero faltan las celebraciones pascuales. Es ayuda a la fe de los humildes, pero no lleva a los sacramentos. Se conmemora la pasión de Cristo, pero falta la conversión sincera...

Es a la Iglesia a la que el Señor le ha dado el depósito de su palabra, la vida de los sacramentos, el mandamiento de la caridad y la misión de llevarlo y compartirlo con la humanidad entera. Si de verdad queremos seguir a Cristo es incuestionable el caminar con la Iglesia: escuchar, aceptar el magisterio, celebrar los sacramentos, participar en la eucaristía... Recibir y colaborar positivamente en su acción pastoral, contribuir al sostenimiento de las obras encaminadas al cuidado de los pobres... La cofradía es de la Iglesia, porque en ella está y de su vida participa, y camina con la Iglesia, pues en ella ha nacido, y con ella quiere seguir a Cristo.

El beato Juan Pablo II ha marcado unos criterios de eclesialidad a las asociaciones laicales: la primacía que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad, una unidad íntima entre la vida práctica y la fe, la responsabilidad de confesar la fe católica, el testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el papa y con el obispo, leal disponibilidad para acoger sus enseñanzas doctrinales y sus orientaciones pastorales, la conformidad y la participación en el «fin apostólico de la Iglesia», decidido ímpetu misionero, comprometerse en una presencia en la sociedad humana, corrientes vivas de participación y de solidaridad, para crear unas condiciones más justas y fraternas en la sociedad.

La Iglesia pide a las hermandades, como asociaciones de seglares, fidelidad al mensaje que Jesucristo ha puesto en sus manos, vivir como discípulos de Cristo, dar

testimonio de fe con obras y palabras, anunciar el Evangelio e invitar a seguir a Jesucristo, asumir como propio el fin apostólico de la Iglesia, incuestionable coherencia y unidad entre la confesión práctica y personal de la fe y el testimonio público, el anuncio del mensaje de Jesucristo y el compromiso de la edificación del Reino de Dios en el mundo, abierta y positiva disponibilidad para la participación en el ministerio apostólico y pastoral de la Iglesia, perfecta comunión con el magisterio del papa y el ministerio pastoral del obispo, no como algo impuesto desde un imperativo de obediencia, sino como libre y gozosa respuesta al compromiso eclesial del bautismo, sentido de Iglesia, con la ilusión de participar en la vida y en la misión de una comunidad universal, que vive en la historia de este mundo concreto y en la esperanza de la realización definitiva del Reino de Dios.

Las cofradías no pueden reducirse en forma alguna a meros grupos humanos que funcionan con una dinámica idéntica a la de cualquier unidad sociológica. Es una comunidad de fe, orante que escucha la palabra de Dios y responde a ella con fidelidad.

Tampoco pueden concebirse como meras entidades con las que los hermanos se relacionan en determinados momentos del año. La hermandad es una comunidad dinámica, con sentido de parte del pueblo de Dios que peregrina por este mundo en unión con toda la Iglesia, que va edificando la misma hermandad con el conocimiento de la vida y doctrina de Jesucristo, la celebración de la fe, la práctica de la caridad y el ofrecimiento a otros hombres de esta misma forma de vida. Ese dinamismo lleva a la hermandad a salir de sí misma y a recibir con alegría la participación de todos. Que dialoga, que es variada en ministerios y funciones, que nadie monopoliza ni protagoniza lo que es patrimonio de la misma hermandad.

Si la cofradía se reduce a lo cultural, se hace evasiva, deshumanizante, irreal. Si se reduce a lo caritativo, acaba siendo una entidad asistencial, socializante, fría, paternalista. El sentido evangelizador y misionero hace que la hermandad salga de sí misma, en el afán de buscar a los alejados. Pero también hace que vuelva sobre sí misma y revise su vida interior, sus celebraciones, sus ministerios, sus compromisos, su organización, su manera de celebrar la eucaristía.

La hermandad debe ser sacramental. Es decir, una señal de la presencia de Cristo en medio de los hombres. El signo expresa la vida. El rito es un instrumento de significación. Una hermandad, sin la fuerza de la gracia de los sacramentos, es una colectividad ritualista, con muchos signos carentes de contenido, con celebraciones meramente sociológicas, más pendiente del signo que de la gracia que expresa o de los compromisos de fe que supone.

Así contempla el magisterio de Benedicto XVI a las cofradías: con importancia e influencia en las comunidades cristianas; ponen de relieve algunos rasgos de la vida de Jesucristo y promueven la devoción a la Virgen María. No son simples sociedades de ayuda mutua, sino un conjunto de hermanos que se proponen poner en práctica el mandamiento del amor.

Pero también quiere el papa que «para cumplir esta importante misión, necesitáis cultivar siempre un amor profundo al Señor y una dócil obediencia a vuestros pastores. Con estas condiciones, vuestras cofradías, manteniendo bien firmes los requisitos de “evangelicidad” y “eclesialidad”, podrán seguir siendo escuelas populares de fe vivida y talleres de santidad; podrán seguir siendo en la sociedad “fermento” y “levadura” evangélica, contribuyendo a suscitar la renovación espiritual que todos deseamos».

Los seglares, apóstoles de nuestras cofradías.

Los seglares en muchas hermandades y cofradías parece que no han asumido todavía, al menos en el nivel deseado, el papel que les corresponde como cristianos en la Iglesia y la sociedad. A lo más se limitan a una actividad dentro de la misma cofradía o a la participación en campañas puntuales.

El cristiano, el cofrade, en razón de su bautismo, no es un simple número más en la lista de quienes componen la Iglesia católica, sino que estar bautizado implica un comportamiento leal y consecuente con la fe que se ha recibido y con el Evangelio como forma de vida. Por tanto, el dar testimonio, claro y convincente, de la propia fe es un deber que arranca de la misma pertenencia a la comunidad de los seguidores de Jesucristo. También es un derecho, pues quien está convencido de la verdad, ha de tener la libertad necesaria para poder vivir en conformidad a ella, tanto en la intimidad de lo privado como en el testimonio público.

La Iglesia quiere responder, también con las hermandades y cofradías, a esa situación en la que, detrás del valor simplemente cultural, hay un misterio irrepitiblemente nuevo: el de la presencia y acción del Espíritu de Dios. La misión es de la Iglesia, y es la misma Iglesia la que la lleva a cabo por medio de sus bautizados; la que encarga a cada uno las funciones y ministerios que deben desempeñar, conforme a los carismas que han recibido. El seglar no sólo debe sentirse miembro de pleno derecho de la Iglesia, sino responsable de participar en su misión evangelizadora.

Los seglares asumen la fuerza que llega del Espíritu, que llama a construir el Reino de Dios. El primer objetivo no puede ser otro que la evangelización. Buscar a Jesucristo y hacer presente su vida, su mensaje, su Evangelio en medio de cualquier situación en la que se encuentren los hombres y mujeres de este mundo. Esta es misión imprescindible en la vocación de cualquier cristiano, pero, como laicos, unen a esa vocación general de toda la Iglesia, la particularidad de su protagonismo seglar. Primacía de lo secular, que



no sólo no aparta de la Iglesia, sino que hace resaltar más la generosa diversidad de los dones del Espíritu en la comunión de una misma fe.

Querer acercarse a Dios y olvidarse del mundo y de los hombres es intento vano y presuntuoso, pues el que quiera amar a Dios tiene que buscar y servir a su hermano. Tendremos, pues, que acoger la realidad de este mundo, de esta sociedad concreta y actual, y hacerlo con un sentido de gran esperanza, convencidos que los hombres y mujeres, creados por Dios, tienen sobrada capacidad para poder recibir el Evangelio. Lo nuestro es sembrar. Lo de Dios, recoger el fruto de los merecimientos de su hijo Jesús.

El apóstol seglar se define, no por unas notas de pertenencia a una determinada cofradía, sino por el interés en participar en la obra evangelizadora de la Iglesia y bajo la dirección inmediata de los pastores. Por tanto, la fe y las distintas acciones de la Iglesia –Palabra, sacramentos, caridad– configuran la personalidad apostólica del seglar.

Si el cristiano se siente unido a los demás, no es por una simple razón de pertenencia a una comunidad humana, que debe cohabitar en el mismo mundo, sino por el imperativo del mandamiento nuevo del amor, que ha de distinguir a los discípulos de Cristo. La caridad no es una simple ayuda sino la expresión del amor de Dios. En esto se manifiesta que hemos conocido a Dios y que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a los hermanos (1Jn 3,14). El amor fraterno es la señal luminosa del amor de Dios. Si con Dios se vive, con su amor se ama y se sirve a los demás.

Al concluir este gozoso encuentro, a la vez que invoco el dulce Nombre de María Santísima, perfecta discípula y pedagoga de la evangelización, por la benevolencia divina continuemos celebrando la Pascua de Resurrección y que nuestras hermandades y cofradías, a lo largo y ancho del territorio español, dedicadas a Jesús de Medinaceli, sigan creciendo, unidos sus miembros en la misma fe, en el Señor muerto y resucitado. ¡Aleluya!

Material bibliográfico utilizado:

- Mons. Carlos Amigo y Ángel Gómez Guillén, *Religiosidad popular: Teología y pastoral*. Editorial Edibesa, Madrid 2000.
- Carlos Amigo Vallejo, *Religiosidad popular*. Editorial P.P.C., Madrid 2008.
- Ramiro González Cougil, *Piedad popular y Liturgia*. Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2005.
- Ramiro González Cougil, *Piedad popular y Liturgia II*. Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2010.
- Dionisio Borobio, *Hermandades y Cofradías: entre pasado y futuro*. Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2003.
- Miguel Antolí Guasch, *La religiosidad de los cristianos*. Siftel (Facultad de Teología de Valencia), Valencia 1991.
- Bernabé Dalmau, *Qué dijo el Concilio Vaticano II sobre la Liturgia*. Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006.
- Xavier Aymerich, *La Liturgia cristiana, celebración y vida*. Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2009.
- Benedicto XVI, *Criterios para discernir la piedad popular*. Revista Pastoral Litúrgica nº 323. Editorial EDICE, Madrid 2011.
- Ramiro González, *Cofradías y Liturgia: Evangelización y Liturgia*. Revista Pastoral Litúrgica nº 326-327. Editorial EDICE, Madrid 2012.



Carlos Amigo Vallejo

Arzobispo emérito de Sevilla.

**«Un tiempo nuevo
para los cofrades
del Cristo de Medinaceli».**



Muchas gracias por esta invitación al X Congreso Nacional de Cofradías y Hermandades de Jesús Nazareno Cautivo y Rescatado de Medinaceli.

Mi querido Señor Obispo, Presidenta, Señoras y Sres., queridos hermanos y hermanas, cofrades.

Muy antigua y muy arraigada es la devoción al Señor Cautivo y Rescatado. Pero eterno es tu amor, Señor, por nosotros y nos diste a Jesucristo para que nos ayudara siempre a saber recorrer los caminos de este mundo, sin olvidar nunca que nuestro destino final es el cielo. Raíces profundas son las que sustentan la piedad de Medinaceli, y su historia hay que contarla por muchos siglos, y por muchos más amores de gentes que vivieron en esta devoción profunda. Pero mucho más honda es la fe en Jesucristo Redentor que nos libera del pecado y nos devuelve la amistad perdida, nos rescata.

Larga historia es la de las hermandades y cofradías del Señor de Medinaceli pero esta historia de las hermandades de Medinaceli no es recuerdo de un pasado glorioso sino de una actualidad vigente, muy vigente. La devoción es aceptación del misterio de fe y fidelidad activa a lo que representa.

El misterio es admiración, pero una admiración que arrastra, el misterio nos va comiéndonos y metiéndonos en él y al contemplar la imagen del Señor Cautivo y Rescatado de Medinaceli parece que desaparece esta figura y nos metemos en el corazón de lo que la figura representa, porque el misterio, el misterio no es oscuridad.

El misterio no es como una especie de paredón ante el cual uno se rompe de bruce la inteligencia y no le permite seguir adelante. El misterio religioso es misterio por lo grande, por lo admirable, por lo profundo, por lo entusiasmante, que por más y más que uno se adentre en este misterio, siempre mucho más largo es el camino que recorrer, no es misterio por oscuro sino por grande.

Pero ¿qué misterio? Uno ve esas interminables filas de gentes que en Madrid o en Castellón pues durante muchos días del año pero sobre todo, en ese gran día del besapie, el primer viernes del mes de marzo y... ¿qué misterio? Pero si son siglos los de esta devoción, pero si son muchas las idas y venidas de secularismos y situaciones tan diferentes. ¿qué misterio es esto? Sí, misterio, sí pero por lo grande, por lo admirable, por la admiración, por la devoción, por la fe sobre todo, y por tanto, la novedad, tenemos que hablar de lo antiguo y de lo nuevo, de la fe profunda de una devoción que arranca desde esas tierras en las que yo fui obispo durante nueve años en Marruecos. De esas raíces de tierra, de la casa del Islam como suelen decir ellos a la casa del cristiano, donde tanta devoción tiene.

Tenemos que ver lo nuevo, lo vigente, lo antiguo, pero sin nostalgia del pasado ni miedo del futuro, y esto si que hay que subrayarlo: «...aquello sí que era devoción, aquello sí que eran cofradías...» no tenemos ninguna nostalgia. Recogemos lo mejor que se nos ha dado, pero no como nostalgia sino como responsabilidad, y sin ningún miedo al futuro

porque esto sería desconfiar de Dios y que en lenguaje mariano se llamaría blasfemia, porque es como poner en discusión el honor de Dios, la blasfemia es precisamente deshonrar a Dios. Cuando decimos que un hijo nos ha cambiado la vida, estamos más vivos, tenemos más razones para vivir.

Ahora hay una nueva evangelización, un nuevo Papa, un nuevo estilo, una cultura nueva... Bueno pues también estamos poniendo las bases para construir. Respecto a este cambio, lo primero, San Agustín decía: «yo no puedo daros otro pan, sino aquel del que yo me alimento, así que no me pidáis un pan que yo no tengo». Entonces no pidamos a la Iglesia un pan que ella no tiene. La Iglesia no tiene soluciones técnicas a los problemas, tiene el mandamiento fraterno del amor cristiano y bien que lo estamos viendo en estos momentos de crisis, estamos viendo como la Iglesia está desplegando una actividad caritativa y social como hace siglos que no hacía, porque es el pan que tiene, el pan de la caridad y del amor fraterno. Este anuncio de navegantes no es una revolución, un levantamiento o una insumisión hacia la Iglesia, el Restauracionismo como vuelta a lo anterior, es mucho menos el inmovilismo de la tradición.

La tradición o es viva o no existe tal tradición. La tradición de venir a besar el pie del Señor Cautivo y Rescatado, no es inmovilismo, las personas que vienen hoy no son las mismas de hace cien años. Sino que la tradición es precisamente viva, y quien la hace viva son precisamente las personas. Y pensar que: «no tocar las tradiciones...» No tocar el contenido del mensaje de esa tradición, pero ya verán ustedes...

Vean la historia de esta cofradía de Castellón, ya tiene veinticuatro años. Sin embargo es la misma devoción de las cofradías que llevan siglos. Vean ustedes fotografías de las actividades públicas de su hermandad, sólo han pasado veinticuatro años y los vestidos han cambiado, en la forma de hacer. ¿qué es lo que está vigente y qué es lo que ha terminado? Lo que está vigente es lo que está vivo, operante, que anima y convierte. Esta es la novedad, no es el cambio por el cambio, no es cambiar los nombres de las cosas, no. Hay que buscar la vigencia, lo que está vigente.

¿Está vigente la familia? A lo largo de estos últimos años está sufriendo, y parece que es como el último madero que está flotando después de todos los naufragios. Pero el valor de la familia está vigente, ¿por qué? Porque lo sustenta un amor incombustible ¿Cuántos años hace que murieron tus padres? Y fíjate como les quieres, si parece que estás sintiendo la mano de tu padre o de tu madre, que están diciendo: «hijo mío» o «hija mía...» ¡Esto es lo vigente! ¡Lo que tiene vida! Y en cambio hay otras cosas que con el tiempo han decaído. Tenemos que buscar lo esencial, lo vigente.

Ahora se nos anuncia una nueva evangelización, también para las hermandades de Medinaceli. Bueno, ¿qué necesidad tenemos nosotros de arriesgarnos y de meternos en aventuras? Con lo bien que llevamos la Hermandad y Cofradía, no nos metamos en berenjenales ahora de cosas nuevas. Todo esto son los llamamientos de la pereza. La pereza estuvo entre los pecados capitales unida a la tristeza, como el desagrado de hacer algo que nos exige esfuerzo. Bueno, pues es la nueva evangelización, ¿se trata de cambiar



el evangelio? ¿los apóstoles lo hicieron rematadamente mal y hay que comenzar de nuevo? ¡Pues no! La Iglesia es un organismo vivo, muy vivo y por tanto no cabe ni el pesimismo ni el desánimo, pero necesitamos nuevos métodos atrayentes, persuasivos, convincentes.

Vamos a decirlo de una manera muy clara, que enseguida van a comprender, estos hermanos cofrades ya lo entienden. Una cosa es que cambie la música y otra cosa es que cambie la letra. La letra es lo que permanece y la música es lo que cambia. Por ejemplo, si aquí hay hermandades de Medinaceli de Castilla saben que allí el Cristo no lleva ni flores ni música porque les tirarían piedras. ¿Una imagen del Señor Cautivo con flores?. En cambio, si el Señor Cautivo sale en Castellón sin flores y luces y dicen: «pero que tacaños y que raquítricos son estos señores de la Cofradía de Medinaceli». ¡Pero si es la misma letra! El Señor Cautivo y Rescatado, pero en cada cultura se baila con distinta música. Naturalmente, las músicas son las cambiantes. Y aquí las expresiones culturales, los cambios sociales, la movilidad de las personas, la ida y venida de ideas diferentes, las situaciones políticas, las exigencias de adaptación del lenguaje, el empuje del relativismo y tantas cosas...

Ahora, si hay que renovarse, que actualizarse, repito, ¡es cuestión de música, que la letra es la que permanece!. Si hay que renovarse, no es por un acoso del que tengamos que defendernos ¡no! De ninguna de las maneras. Esta renovación, este tiempo nuevo y su

exigencia es que creemos en Jesucristo el Señor. Esta es la razón. La fe en Jesucristo nos quema y nos lleva a evangelizar. Por tanto, ante una situación nueva, llevando esa misma letra tendremos que adoptar lenguajes, signos, que en otro tiempo no eran necesarios.

Vamos a ver cuales son los valores fundamentales y virtudes fundamentales de la devoción de Medinaceli. Hay algo fundamental. Vamos a ver qué son las bases de esta devoción para que sean inmovibles y veamos después aquello que tenemos que renovar en estos tiempos nuevos. La devoción es una lealtad. Pero no es una lealtad a unas ideas, a unos proyectos, a unos adornos... ¡es la lealtad a una persona! Nuestro señor Jesucristo por el cual estamos dispuestos a dar la vida, si está cautivo rescatarlo aún con la propia vida. Esto es Medinaceli.

Aquellas personas que se ofrecieron a dar sus propias vidas por el rescate de los cautivos eran los trinitarios. Díganme ustedes si estos padres, estas personas que tienen que luchar por sacar adelante a sus hijos, no es esto dar la vida por las personas a las que se quiere. Uno lo de valores y virtudes fundamentales por una sencilla razón. En la devoción y religiosidad popular los sentimientos son parte fundamental. Esta lealtad, valor y virtud es la coherencia que es la unidad: «soy creyente pero no practicante». Es absurdo, porque dices que estás convencido de una cosa que creo en ella. ¡Es absurdo! Esta devoción es coherente, estás dispuesto a dar la vida por lo que creo. ¡Esto si que es coherencia!. Es sinceridad, es decir, transparencia. Aquí no hay más cera que la que



arde. Este es, por lo visto, el origen de la palabra sinceridad. En las tiendas de souvenirs para los turistas de Grecia o Roma, cuando el mármol tenía alguna grieta le ponían cera y después cuando se las llevaban a California o no se donde, pues se derretía. Entonces decían para vender lo auténtico, aquí no hay más cera que la que arde, estatua sin cera.

Tu ves a una persona que besa el pie del Señor Nazareno de Medinaceli y puedes estar seguro que lo está besando con el alma, no solamente con los labios. ¡Esto es sinceridad! Que el signo, lo que aparece, lo que vemos, corresponde a la profundidad del misterio de fe que la persona vive.

Valores de esta devoción a Medinaceli, pues es la fidelidad. La fidelidad es el amor mantenido y constante a pesar de todos los pesares. No es la fidelidad de la piedra que aquí pusieron y ahí se quedó hasta que alguien le dio un empujón, sino que la fidelidad es el amor. Tu quieres a tu hijo de pequeño y de mayor, cuando te da una alegría y cuando te mata a disgustos. Eso es fidelidad, el amor que se mantiene más allá de cualquier circunstancia. Esta es la devoción a Medinaceli. Mira que han cambiado las cosas y cómo la devoción permanece y aumenta. Este valor del heroísmo de la caridad que representa Medinaceli, en cuanto si hay que dar la vida por la redención de este cautivo pues se da. Y con este sentido de aprecio y amor. El amor no tiene ni precio ni medida. Decía San Agustín: «la medida del amor es un amor sin medida».

Si hay un pecado del devoto de Medinaceli, perdón por decirlo en palabras coloquiales, es ser un rácano. La devoción a Medinaceli es generosidad, es entrega, es ayuda en todos los aspectos. Las hermandades de Medinaceli...

La religiosidad popular es algo tan importante porque es la forma en la que la gente respira. Es el acento. Cuando el Santo Padre, que es hijo de inmigrantes del Piamonte a Argentina, habla italiano habla con un tremendo acento Porteño porque es la forma de respirar. Pues la religiosidad es como uno respira su fe. Es el acento. En Castilla la austeridad en los signos, el silencio, la contención de los sentimientos. En Andalucía la valoración de la imagen, expresiones desbordadas, cuidado en la estética, participación masiva. En estas tierras hay una adorable armonía entre el color, la luz, las flores y la música. Y en Aragón tendrán que haber tambores, timbales y bombos. Es decir, se va poniendo el sello, pero no olviden ustedes lo de la música, las flores, los adornos y el texto. Es siempre el mismo texto del Santo Evangelio. Esto se vive, no se puede explicar, porque las cosas grandes no tienen explicación.

En esta religiosidad popular de las hermandades de Medinaceli hay unos cimientos imprescindibles. ¡Lo primero es la fe! ¿Qué es lo que ustedes están celebrando? La pasión y la muerte de nuestro Señor Jesucristo redentor de la humanidad y que nosotros queremos acompañarle en esta redención de aquellos que están cautivos. Cristo nos ha llamado para que le ayudemos a rescatar a los que están cautivos del egoísmo, del pecado, del orgullo, de lo que sea.

Después algo fundamental es la cultura, en la religiosidad popular. Me decía un cardenal de Brasil que allí necesitan cantar en el bautizo, bailar en la boda y llorar en

el entierro y si nos quitan la música nos lo quitan todo. Por lo tanto, ¡es la cultura!. Muchos de nuestros pecados en la renovación postconciliar han sido por querer importar elementos culturales que no nos correspondían. Hicimos una religión un tanto aséptica. Nada de imagen, nada de signos, nada de música, etc. y nos quedamos a la intemperie. El lenguaje, la música, los adornos arraigados, las tradiciones propias del lugar. Una tradición que aquí puede ser arraigada en mi pueblo puede no decir nada. Cada pueblo se expresa con su lenguaje.

El otro elemento fundamental es la familia. ¡No hay religiosidad popular sin familia! ¿Por qué? Si el primer recuerdo que tienes de tu vida es cuando tus padres te trajeron a ver al Señor de Medinaceli, si el día más triste de tu vida es cuando viste a tu padre amortajado con la túnica de Medinaceli, si uno de los momentos más emocionantes de tu vida es cuando viniste con tu novia a decirle al Cristo de Medinaceli que os ibais a casar, si cuando nació tu primer hijo lo primero que hiciste fue venir aquí a presentárselo a Jesús de Medinaceli. Resulta que la historia de tu vida está unida al Cristo de Medinaceli. La historia de tu familia está unida al Cristo de Medinaceli, como podríamos decir a cualquier otra hermandad... Pero aquí nos ocupa la de Medinaceli.

El otro elemento esencial es la Iglesia. Es una hermandad, pero no una asociación, no es un club, no es un organismo cualquiera, sino que es la forma como un grupo de personas quiere ser mejores cristianos dentro de la vida y misión de la Iglesia. Algunos de aquellos espacios, elementos, algunas actitudes en las que estamos viviendo y dónde estaría la renovación... Tenemos un ambiente de secularismo. Se esquiva a Dios, incluso por los creyentes, por los cristianos. A veces es llamado el de arriba, el que manda. ¡Jesucristo Cautivo y Rescatado! ¡El hijo del Dios vivo!.

La renovación será, por tanto, ese testimonio de reconocimiento de Jesucristo como salvador de un reino. Hoy en día, parece que hay como un avergonzamiento pues vivimos en una especie de ocasionalismo. ¿Tú crees en Dios? Naturalmente, por la noche. ¿Cómo que por la noche? Si durante el día no me acuerdo de Dios pero por la noche siempre rezo un poco. Oiga: ¡usted se equivoca!. No es esa noche, es la noche oscura, cuando todo me va mal y entonces acudo al señor de Medinaceli a que me eche una mano. O sea, una especie de intermitencia según el estado de ánimo en el que me encuentre. Esto es el ocasionalismo. Me olvido de la devoción, pero el Viernes Santo aquí estoy.

La renovación es asumir el evangelio como la levadura de la propia vida. Es lo que me hace esponjar, tener esperanza. Entonces, a la hora de dar respuesta a nuestras motivaciones sobre el dolor, sobre la alegría, encontrar o buscar en el Evangelio esta renovación.

Parece que vivimos en una situación de indiferencia. Que todo nos da igual. Conozco al Papa Francisco desde hace muchos años, tenemos una buena amistad. Él dice que el tango es el himno del relativismo. Da lo mismo ser el santo que el bandido. De nuevo, ¡la cultura! Efectivamente, en el relativismo que actúa como un veneno, aquí da todo lo mismo. Ser un corrupto o una persona fiel. La renovación viene precisamente en la



necesidad de una formación completa en todos los aspectos, académico, ético, social y religioso. Porque sino va uno dando bandazos. Y, esto, al fin y al cabo, es falta de una formación que a uno le de unos principios.

Parece que ahora no se crea en nada o en nadie. La necesidad de dirigentes creíbles. No estoy hablando con intención política, ahí no me meto. Aquí no se cree en nada ni en nadie. Necesitamos testigos creíbles dentro de los hermanos de la hermandad de Medinaceli. Que los hombres y mujeres de Castellón cuando pregunten al señor Obispo: ¿cuál es el modelo de cristiano que tenemos que seguir? «Vete a la hermandad de Medinaceli» de la iglesia de la Sagrada Familia.

La persona tiene que ser creíble. Es esta confianza en los dirigentes religiosos, políticos, sociales e intelectuales. Después está el laicismo, que es la eliminación de los signos religiosos, contra el que siempre tenemos que estar luchando. Hay que aceptar los riesgos de una conducta cristiana. Esta es la auténtica renovación. Pero tenemos un problema, la corrupción. Que no es cuando uno se apropia del dinero que no le pertenece, sino cuando uno deja de ser lo que es. Esta renovación es recuperar, rescatar la propia identidad. ¡Si tu no te rescatas a ti mismo, no vas a rescatar a nadie! Por tanto este rescate. ¡Tú eres cautivo! Tú y todos somos cautivos de nuestros pecados, infidelidades, caprichos, envidias, orgullos, y tenemos que rescatarnos para poder rescatar.

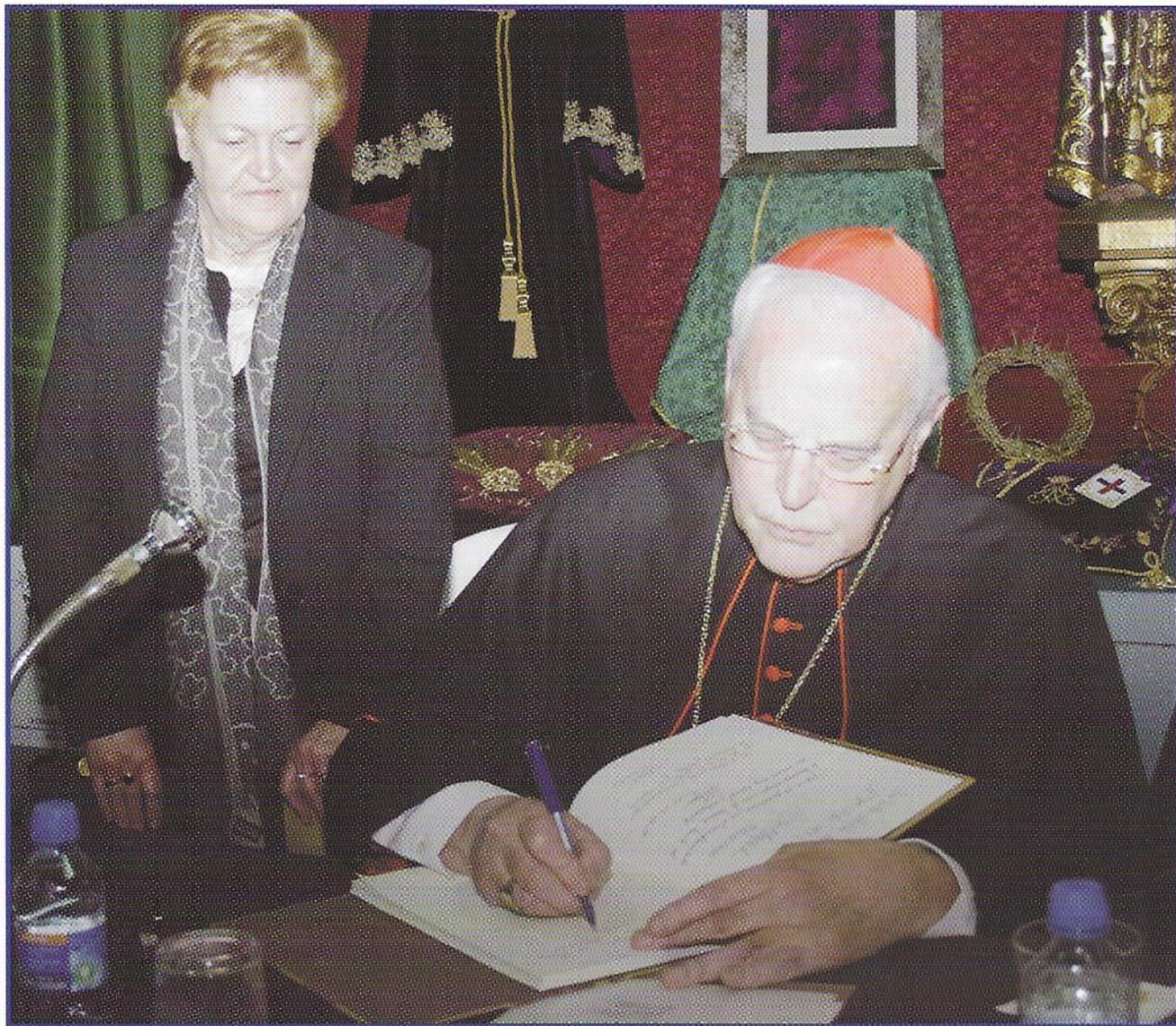
Por otra parte está el «privaticismo». Lo que es privado es que tu seas judío, musulmán, católico o del Atlético de Madrid. Lo que es libre es esto. Pero una vez que tú has elegido, ser cristiano, ser católico, ¡se acabó lo privado! Se es en público y en privado, en actitud, en pensamientos, en todo. También hay un ateísmo práctico que parece vivir como si Dios no existiera. Aquí la renovación está en la lealtad, que es fidelidad y lo contrario apostasía. Quizás de forma velada pero apostasía. En cuanto que yo soy devoto de Medinaceli pero vivo sin tener en cuenta esa devoción que me obliga o ese compromiso. Pues esto es apostasía. Cuando uno ha vuelto la espalda a aquello en lo que cree.

Después está esa «autosuficiencia». Que es el compromiso del cumplimiento de las obligaciones. Pero está el peligro de prevaricar. Tú has asumido unas responsabilidades como cristiano, como hermano de esta Hermandad de Medinaceli. Tú no puedes prevaricar sino tienes que ser responsable. Esto implica fidelidad. Nosotros necesitamos una especie de fidelidad creativa. Hoy en día no nos agradecen muchas cosas, porque la iglesia no está preocupada por la credibilidad del aplauso. Sólo por ser fiel a Jesucristo. La Hermandad no está preocupada porque le aplaudan, sino por ser fiel a sus objetivos fundacionales que son la misión de Cristo redentor.

Voy a terminar señalando que tenemos que asumir nuestra responsabilidad como personas dentro de la Iglesia y como cofrades de Medinaceli. Como saben, el cante flamenco se llama cante grande. Había un poeta andaluz que decía: «no hay cante grande ni cante chico, sino cantaores chicos y cantaores grandes». Ustedes, los de Medinaceli, son de los grandes.







A la Capredia de Jesus
Mozoreno Cuello y Percecho,
con sus herederas y entu-
fune por este cuerpo de
Hermandades del Señor de
Medinaceli.

+ J. Luchas
Card. Arz. Valdepe

28 abril 2013



Ruego al Cristo de dedicatori que este
x Congreso ayude a todos los Copades por la
Copada de Castellón a su renovación en la
fe y en la vida cristiana.

Con mi afecto y bendición
+ Calixto López
Ob. de Segura Castellón

28-IV-2013.

Recortes de prensa

ABC | C. VALENCIANA

JUEVES
25 DE ABRIL DEL 2013
el Periódico Mediterráneo

C. VALENCIANA / CULT

La rocambolesca historia de Medinaceli

VÍCTOR MUT@MUT VÍCTOR
Día 24/04/2013 - 14.01h

Castellón y Peñíscola a cargo de Cristo de Medinaceli

14 Castellón

ESTE FIN DE SEMANA

Cofradías de Medinaceli de toda España se dan cita en Castellón

Unas 15 hermandades compartirán experiencias y participarán en charlas

Cristo de Medinaceli de Castellón, que tiene la sede en la parroquia de la Sagrada Familia.

"El objetivo es extraer de las diferentes ponencias el camino a seguir y poder intercambiar ideas", señala la presidenta de esta cofradía de la capital de la provincia, Carmen Forés.

El congreso contará con la participación del cardenal arzobispo de Sevilla, Carlos Amigo, quien disertará en una ponencia bajo el título Un tiempo para los cofrades del Cristo de Medinaceli. El cardenal franciscano, elector en los cónclaves de 2005 y 2013, es una de las personalidades más destacadas a día de hoy de la Iglesia española.

Las otras dos ponencias del encuentro corresponden a Henri Bouché, vicerrector de la Universidad Internacional Valenciana (VIU), quien hablará de el Cristo de Medinaceli, y a Federico Caudé, viceconsiliario de la Junta Diocesana de Cofradías, Hermandades y Asociaciones de Semana Santa de Segorbe-Castellón, quien tratará el tema Cofrades y cofradías: cristianos unidos por la misma fe.

LUNES
29 DE ABRIL DEL 2013

EL CATALEJO

el Periódico Mediterráneo

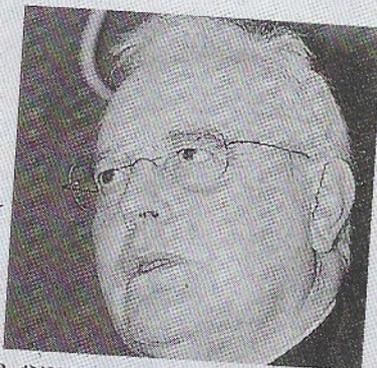
el Periódico Mediterráneo

DOMINGO
21 DE ABRIL DEL 2013



de 400 p
de las n
basadas
cativo
medio stá
sus insl de

NUEV ste
→ La U TO
Norte ira
no de De
do ur La
ración ha
coope va,
inter do
nes. Al acto
parte de esta universidad ar comentarios



CARDENAL AMIGO

→ El próximo domingo, día 28, estará en Castellón el cardenal arzobispo emérito de Sevilla, Carlos Amigo Vallejo, y que fue uno de los electores del conclave que eligió el pasado mes de marzo al Papa Francisco. Participará como ponente en un congreso nacional de cofradías del Ecce Homo trinitario que se celebrará el próximo fin de semana en la capital de la Plana.

CONGRESO

→ El cardenal Carlos Amigo y el obispo de Segorbe-Castellón, Casimiro López, clausuraron el Congreso de Cofradías del Cristo de Medinaceli en la Sagrada Familia de Castellón.

18 | DOMINGO, 28 DE ABRIL DE 2013

Levante EL MERCANTIL VALP

Castelló

El Congreso Nacional de Cofradías analiza las imágenes entronizadas

► Expertos como el vicerrector de la VIU, Henri Bouché, participó ayer en el X Congreso Nacional de Cofradías y Hermandades, que se celebra este fin de semana en Peñíscola y Castelló. Según relató, alrededor de 300 imágenes entronizadas y basadas generalmente en el mo-

delo del Cristo de Medinaceli de los siglos XVII y XVIII «constituyen un ejemplo de su religiosidad popular». De ellas, un total de 23 (12 de Medinaceli, 10 Cautivo y 1 Rescatado) se encuentran en la Comunitat Valenciana.

LEVANTE DE CASTELLÓ CASTELLÓ

■ El vicerrector de la VIU, Henri Bouché, participó ayer en el X Congreso Nacional de Cofradías y Hermandades, que se celebra este fin de semana en Peñíscola y Castelló. Según relató, alrededor de 300 imágenes entronizadas y basadas generalmente en el mo-

La imagen del Cristo de Medinaceli se remonta a su traslado a La Mamora o Mámora (Matruecos), ciudad rebautizada como San Miguel de Ultramar y más tarde conocida como Medhia por parte de los Padres Capuchinos para culto de los soldados españoles. Llegó hasta allí desde los ex-

tramuros de la iglesia de Sevilla. El 30 de abril de 1681 la ciudad cayó en manos del rey Muley Ismail, que trasladó la imagen a Mequinez, donde fue sometida a vejaciones, burdas, ultrajes y desprecio como repetición de la Pasión Histórica. La imagen fue devuelta a los cristianos pasando por Tetuán, Ceuta, Gibraltar y Sevilla, hasta verla entronizada en Madrid en el año 1682. Treinta años más tarde se constituyó la Congregación de Esclavos de Jesús Nazareno que, tres siglos después, en 1928, fue elevada a Archicofradía Prima-



El alcalde de Castelló, con un grupo de cofrades. LEVANTE-EMV

ria. Por su parte hoy será Carlos Amigo, arzobispo emérito de Sevilla, quien hablará en la iglesia de

la Sagrada Familia de Castelló sobre los cofrades del Cristo de Medinaceli.

EL CARDENAL AMIGÓ, MAÑANA EN LA CAPITAL

Cónclave estatal por el Cristo de Medinaceli

Un centenar de cofrades de España

asisten 15 hermandades procedentes de ciudades como Madrid, punto de referencia para estos



nacional en honor al Cristo de Medinaceli.

Comarcas

DOMINGO 28 DE ABRIL DEL 2013

el Periódico Mediterráneo 33

pios + municipios + municipios +

PEÑÍSCOLA

Henri Bouché da una charla en Peñíscola

Los participantes en el Congreso Nacional de Hermandades del Cristo de Medinaceli, que se celebra este fin de semana en Peñíscola, recorrieron ayer la ciudad. Una de las primeras paradas fue el castillo, donde Henri Bouché impartió una conferencia dedicada a la religiosidad popular que encierra la devoción por esta figura. Por la tarde, los congresistas visitaron los espacios más representativos del municipio y asistieron a una nueva ponencia de Federico Caudé, vicesecretario de la Junta Diocesana de Cofradías, Hermandades y Asociaciones de Semana Santa de Segorbe-Castellón. **S. FROIG**



ma de actos

de la VIU, da la confesión de Medinaceli y religiosidad en el salón gótico de Peñíscola.

17.15 HORAS Federico Caudé, de la diócesis Segorbe-Castellón, realiza la ponencia 'Cofrades y cofradías: cristianos unidos por la misma fe', en el castillo de Peñíscola.

Congreso

G. FARRÉ. CASTELLÓN.

Este fin de semana, la capital de la Plana acoge el Congreso Nacional de Cofradías y Hermandades del Cristo de Medinaceli. Esta advocación, que está repre-

cap de ver sig do lló pa

MIÉRCOLES 10 DE ABRIL DEL 2013

el Periódico Mediterráneo

hojaparroquial EL CATALEJO

SEMANARIO DE LA DIÓCESIS DE SEGORBE-CASTELLÓN

28 de abril de 2013

Nº 2.085

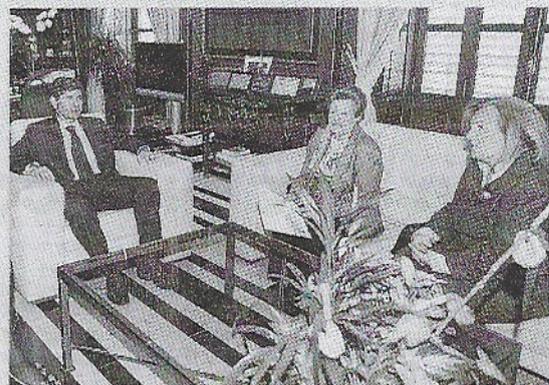
La e... en 15... el cen...

El Cristo de Medinaceli
Congreso Nacional en Castellón

lón, Miguel Ángel es un apasionado de los Vespa es público y se monta en una que puede como banita. Ayer, este le sorprendió soe las más bonitas ción.

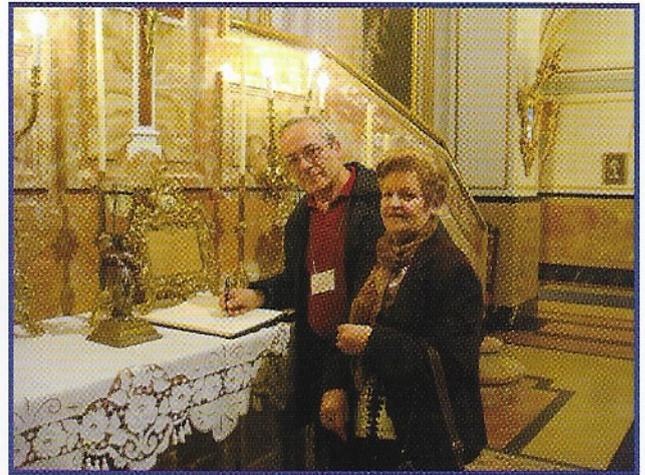
A ra de la Univer- adenal Herrera Gloria Casano- s la polémica clase que los a infidelidad separación, iz a raíz de NGG del PP otelien, en enunciar supuestos adoctrinamientos en el aula, ha deja- do las clases en el campus

La imagen del día



MEDINACELI CON EL ALCALDE

El alcalde de Castellón, Alfonso Bataller, recibió en el salón noble del Ayuntamiento a los miembros de la Cofradía del Cristo de Medinaceli en visita protocolaria.





Queridos hermanos:

Hemos llegado al final del X Congreso de Cofradías del Cristo de Medinaceli Prendido y Rescatado, a mi me ha sabido a poco. Me hubiese gustado estar un poco más con vosotros, no se si a vosotros os pasa lo mismo que a mi.

Creo que de estas tres ponencias que hemos tenido, podemos sacar muchas cosas positivas y que debemos poner en marcha.

Os dije que aparte del Congreso me gustaría que fuese una convivencia y creo que así ha sido, cosa que me ha alegrado mucho, pues veo que lo habéis pasado bien.

Doy las gracias a todas las autoridades que estos días nos han acompañado, a los ponentes: D. Henri Bouché, D. Federico Caudé, a Monseñor D. Carlos Amigo, a nuestro Obispo D. Casimiro López Llorente y a todos vosotros porque con vuestra presencia habéis hecho posible este evento.

Que no nos falte la fe, el amor, la misericordia y la paz.

Gracias a todos y feliz viaje.

Dña. Carmen Forés Nebot
PRESIDENTA COFRADÍA
CRISTO DE MEDINACELI DE CASTELLÓN



X CONGRESO NACIONAL DE COFRADÍAS Y HERMANDADES DE JESÚS NAZARENO, CAUTIVO Y RESCATADO DE MEDINACELI

Comité de Honor:

PRESIDENCIA

SS.MM. LOS REYES D. JUAN CARLOS I Y D^a SOFIA.

VICEPRESIDENCIA

CASA DUCAL DE MEDINACELI

Excma. Sra. D^a. **Victoria Eugenia Fernández de Córdoba y Fernández de Henestrosa.**

Excmo. Sr. D. **Ignacio de Medina y Fernández de Córdoba.**
Duque de Segorbe.

Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. **Casimiro López Llorente,**
Obispo de la Diócesis de Segorbe-Castellón.

MIEMBROS COMITÉ DE HONOR

Molt Honorable En **Alberto Fabra Part,**
President de la Generalitat Valenciana.

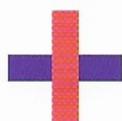
Ilmo. Sr. D. **Javier Moliner Gargallo,**
Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Castellón.

Ilmo. Sr. D. **Alfonso Bataller Vicent,**
Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Castellón.

Ilmo. Sr. D. **Andrés Martínez Castellá,**
Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Peñíscola.

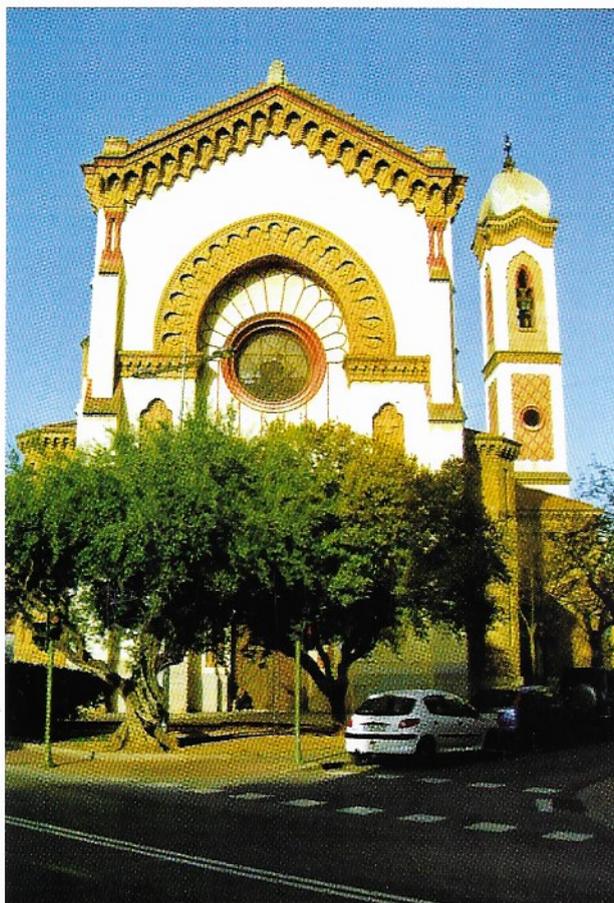
Rdo. D. **Joaquín Guillamón Alcón,**
Párroco de la Iglesia de la Sagrada Familia de Castellón y Canónigo de la Iglesia Concatedral de Santa María de Castellón.

Castellón, 26, 27 y 28 de abril de 2013



Cofradía Cristo de Medinaceli
Parroquia Sagrada Familia de Castellón





Cofradía Cristo de Medinaceli

Parroquia Sagrada Familia de Castellón

